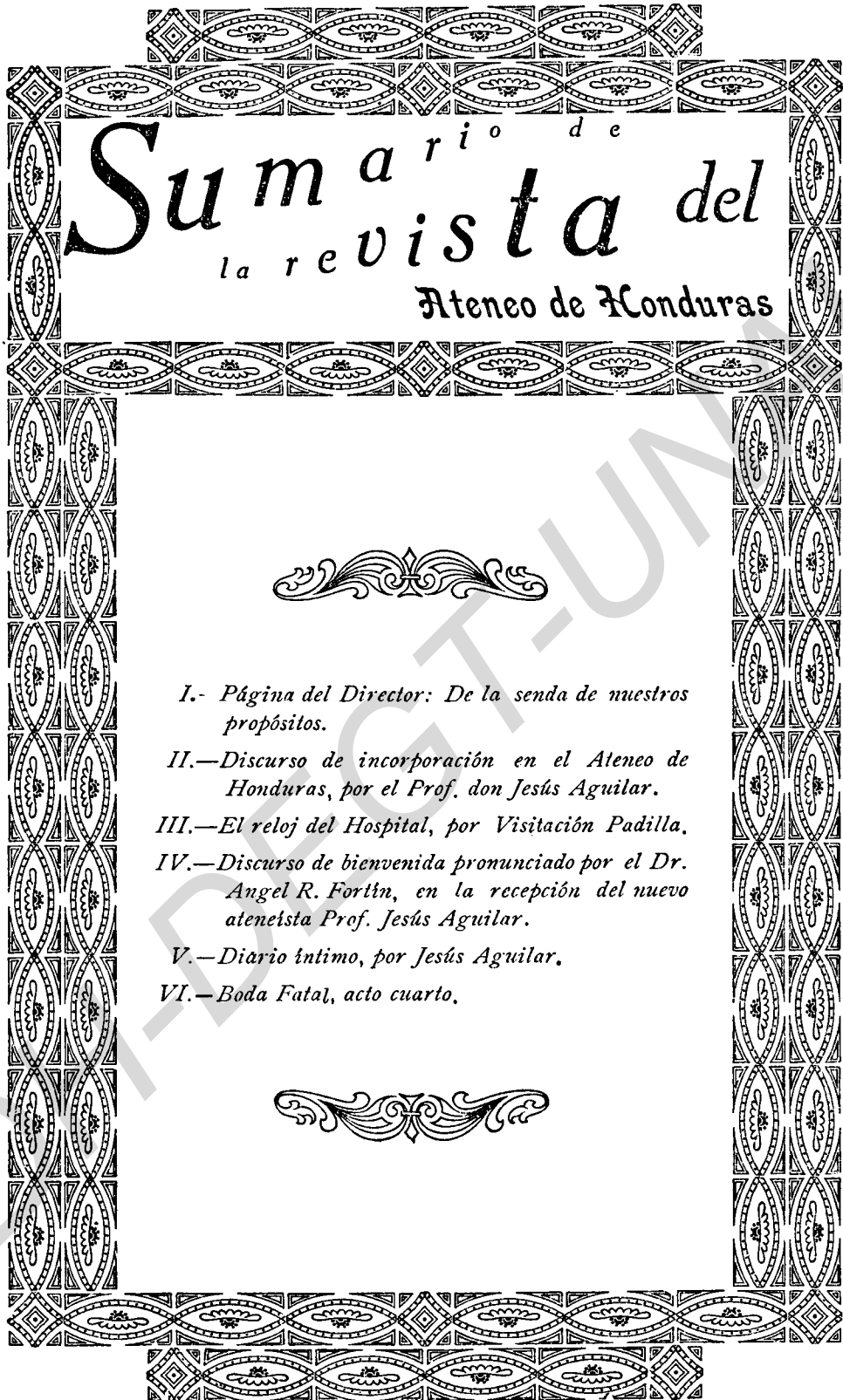


TIPOGRAFIA NACIONAL  
TEGUIGALPA, AVENIDA CERVANTES, NÚMERO 65





Sumario de  
la revista del  
Ateneo de Honduras



- I.- *Página del Director: De la senda de nuestros propósitos.*
- II.—*Discurso de incorporación en el Ateneo de Honduras, por el Prof. don Jesús Aguilar.*
- III.—*El reloj del Hospital, por Visitación Padilla.*
- IV.—*Discurso de bienvenida pronunciado por el Dr. Angel R. Fortín, en la recepción del nuevo ateneísta Prof. Jesús Aguilar.*
- V.—*Diario íntimo, por Jesús Aguilar.*
- VI.—*Boda Fatal, acto cuarto.*



<h1>Ateneo de Honduras</h1>	
Revista Mensual	
Organo de la Sociedad del mismo nombre	
DIRECTOR: SAMUEL LAINES	DIRECTOR ARTÍSTICO: CARLOS ZUÑIGA FIGUEROA
Redactores: Salvador Turcios R. Visitación Padilla Angel Rosendo Fortín Alfonso Guillén Zelaya Fernando García	SEGUNDA EPOCA    **    NÚMEROS 62 y 63.
Tegucigalpa, agosto y septiembre de 1926	

Página del Director

## De la senda de nuestros propósitos

**DESDE** que principiamos las labores de la segunda época de nuestra Revista, empeñamos todo esfuerzo por darle carácter netamente nacional, quisimos que ella fuera de sabor nativo, hondureño, significando el exponente de nuestra cultura literaria, sin reproducir aquellos *granos de oro*, que si luminosos y vívidos, esparcen por el mundo intelectual sus ráfagas de luz—prodigiosa y titilante—nada dicen del numen de nuestras ricas cerebraciones criollas.

Y si hemos conseguido, el objetivo primordial, notamos con tristeza alguna displicencia, algo así como tedio, como esplín, en nuestros compañeros de letras.

Parece como si el hábito de nuestra política tumultuaria, agitada e infecunda, les llevara lejos del amor a la Belleza,  
—que divinamente fulge—  
en los encantos de nuestros trópicos,  
—que colma de anhelos la espléndida visión de espíritus selectos.

Volvamos las espaldas al monstruo despiadado que clava sus garras en la mediocridad ambiente y busquemos el sentimiento de nuestro propio sér.

Que escuchemos el rumor de nuestros bosques, de nuestros ríos, de nuestros picachos olorosos a pino.

No dejemos perecer las vestiduras exquisitas de nuestra voluptuosa naturaleza, que otrora pusiera temblante y emotiva la prosa sutil de Ramón Rosa, o el diáfano aleteo de los versos de Joaquín Díaz, de Molina Vijil; o las trompetas épicas de Adolfo Zúñiga.

Epoca de oro que ya no queremos vivir.

Aurora florida de un día esplendoroso que no debe tener oca-  
so, ya que hay diluido en nuestro cielo patrio mucho luminar de  
astros, y en nuestros amables atardeceres mucho rumor de  
canciones impolutas, de besos virginales  
en bocas pudorosas

—como claveles entreabiertos.

Porque Céleo Dávila, Guillén Zelaya, Fortín y los Turcios,  
han descendido de su alto pedestal de estetas, a un predio inferior  
al convertirse en periodistas.

—Han dejado el Arte, la Rima melíflua y aterciopelada,  
—augusta y soberana—

por un plato de lentejas, por un puñado de frases diarias,  
—como rosario de gacetillas—

que sólo viven el instante que se leen.

Y el Príncipe—el gran Luis Andrés—si no ha *descendido* a  
periodista, como que ofuscan su mente fúlgida la Cifra y el Nú-  
mero. Retintines del codiciado Rey Amarillo, le hacen música  
muy piano, muy suavemente, y el oído del esteta, se adormece...  
se colma de tibias ilusiones lejanas,

—vaporosas                   impalpables .....

No abandonéis vuestro Cetro.

—Orfebres magníficos de la Sílabas eterna: huid de nuestra  
época mercantilista y abúlica.

Y venid hacia el *Ateneo de Honduras*, que nada  
hay en él que no sea para honra vuestra  
y para honra de la Patria.



## DISCURSO

de incorporación en el Ateneo de Honduras por el  
Prof. don Jesús Aguilar

SEÑOR PRESIDENTE:

DISTINGUIDOS ATENEÍSTAS:



VUESTRA fraternal bondad me depara, el día de hoy, la suerte de  
ser recibido en vuestro augusto prítáneo intelectual, en donde  
palpita el firme anhelo de crear fuerzas positivas para la Patria y  
fuljan agrupadas—en un solo diamante—las cerebraciones del  
país. Leyes inviolables de evolución social han traído al Ate-  
neo de Honduras nuevas orientaciones, con fines nobles y plu-  
rales, hasta convertirlo en la alta cima de la inteligencia nacional. Por ello, he

de gozar toda mi vida, porque si tras constancia y voluntad he escalado las sierras escarpadas de nuestra tierra, pueda hoy —mediante vuestra benévola ayuda—colo carne a vuestro lado, en la elevada montaña que ha conquistado vuestro esfuerzo y la luz de vuestra idea. Desde este plano, de valor moral tan apreciable, comienzo por enviaros mi sincero como caluroso saludo,

\* \* \*

Amante de la investigación filosófica, alimentada en la inmensa ubre de madre—naturaleza, he de aventurarme—en esta solemne ocasión—por esos mundos de la materia y la energía, hasta ir a la—por mucho tiempo—impenetrable organización atómica, como causa, y a la electricidad, luz, calor, etc., como lógica consecuencia de la primera.

Las novedades casuales, frutos del empirismo, constituyen la imaginación del mundo real; mientras que la intuición imaginativa de los investigadores ideológicos, es como un empirismo mental, que adelantado en las densas nieblas de los secretos naturales, se ha convertido en centinela y explorador de las últimas verdades, penetrando en el corazón de la selva y edificando por vez primera, en el bosque inextricable, la primer cabaña: hogar luminoso que será faro y norte para los sabios que trabajan ya en campos conocidos y de bien cimentados conocimientos. Y, queridos compañeros, dispensadme el deseo de ser, más que habitante de la ciudad, cazador de ideas en la línea, especie de ecuménica mental, de donde gozaría infinito poder ofreceros en esta, para mí, gloriosa ocasión, siquiera una vistosa pluma de ave desconocida, que la fiebre de un sagitario ancestral colocara en vuestras manos.

\* \* \*

Ya varios profundos pensadores han hecho observar la relación que existe entre la vida complicada de estos tiempos, con la solución de ciertos problemas que aborda el hombre. Así se explica que las difíciles leyes de la relatividad en contradas por Einstein y los secretos de la Astronomía moderna, sólo hayan sido descubiertos en las horas avanzadas de la historia del mundo y no en los primeros siglos del Cristianismo. En cambio, cumpliéndose ese mandato armónico, Grecia y Roma—humanidad adolescente—a la orilla del Mediterráneo, cultivan la alegría, elevan el arte a su máximo grado y glorifican las delicias de la vida y de la danza.

Otro sabio francés hizo notar la rareza de que, en el porvenir, los más oscuros problemas de la ciencia se expresarían en sencillas fórmulas y sentencias, y quizá con ejemplos de la vida ordinaria.

\* \* \*

Fue Du Bois-Reymond el primer sabio que concretó los principales enigmas del Universo, los cuales redujo a siete, en el siguiente orden:

- 1º—Naturaleza de la materia y de la fuerza;
- 2º—Origen del movimiento;
- 3º—Primera aparición de la vida;
- 4º—Finalidad de la naturaleza;
- 5º—Aparición de la sensación y de la conciencia;
- 6º—La razón, el pensamiento y origen del lenguaje;
- 7º—La cuestión del libre albedrío.

El rector de la Academia de Berlín, Du Bois-Reymond, declaró que algunos de los grandes problemas enumerados serían por siempre insolubles. Sin embargo, posteriormente, el naturalista alemán Haeckel, en su famosa obra Los Enigmas del Universo, supone que los siete enigmas arriba enumerados, son solubles por medio de su teoría monista de la sustancia, algunos de ellos, y en cuando al séptimo, cree se trata simplemente de una ilusión.

Algunos sabios opinan que todos los complicados problemas del mundo se pueden reducir a uno solo y que ese gran enigma es el de la Gravitación. En efecto, la gravitación se manifiesta en todo fenómeno: desde el nacer hasta el morir, desde lo fugaz hasta la eternidad, no son sino la sucesión y el caer ilimitado; pero desde que dicha gravitación es eterna, basta para que no sea caer ni elevar, desde el punto de vista filosófico. A propósito de lo anterior, es necesario convencerse que la ciencia debe usar y manejar una lógica distinta a la que emana de la ley de causalidad e ir más allá de los contrarios relativos, los que hay que desconocer y anular, puesto que el tiempo que los comprende carece de principio y de fin.



Jesús Aguilar

En cuanto a las innovaciones que se desprenden de la teoría de la relatividad de Einstein, no creo vengán a destruir por completo el acervo de la ciencia clásica; al contrario, vienen como una reparación, a aumentarla y reforzarla. Einstein desconoce el absoluto; sin embargo, es muy cierto que el absoluto es el conjunto de la relatividad, es decir, el mundo es absoluto en el cambiar infinito de las ondas del mar de lo relativo. Sintetizo la idea, diciendo que antes la ciencia estaba segura de que sus hechos reales y relativos pegaban a una base incommovible, cual barcas en férreo muelle; mas hoy, Einstein, ha venido a demostrar que lo que se creía asiento firme de las verdades científicas, es decir, el muelle del ejemplo, no es más que una verdad englobada en el móvil mar de lo relativo, o lo que es lo mismo, barca que boga entre límites temporales y finitos.

Por nuevos y originales que parezcan los estudios sobre la constitución del universo, lo cierto es que desde la antigüedad, preocupó la mente de los sabios, aunque sin el detalle y diferenciación que caracteriza el moderno adelanto de la ciencia. Colocado el hombre como frontera de dos campos sin fin, crearon el macrocosmos y el microcosmos; por el primero se entendió el conocimiento de la astrología y Leucipo y Demócrito concibieron—desde otro punto de vista—la idea del átomo, como límite indivisible de la materia. La antigua astrología es hoy la astronomía y la vieja idea del átomo es el novedoso estudio que pretende crear la ciencia especial de la micro-astronomía, como breve cuadro que son los átomos de los sistemas estelares.

Es el átomo la piedra angular de todo cuerpo y de la física y química que los estudia; pero existe en él una inmensa variedad de formas que, es posible, no existen actualmente en el mundo terráqueo, sino en los otros sistemas planetarios que conservan las condiciones indispensables para su formación. Esto ha sido probado por medio de la escala periódica del sabio ruso Mendeleef, que ha servido para descubrir nuevos cuerpos elementales en la masa solar y otros mundos. Lo expuesto nos induce a suponer que el cuadro de la naturaleza cósmica no se presenta, en nuestra tierra, totalmente, sino con huecos o vacíos que—está demostrado—existen en otros sistemas de la esfera estelar, para completar el cuadro universal, así como quizá aquí haya elementos ausentes en otros astros. Los casos relativos

son trasunto de lo absoluto y lo que hasta la fecha conocemos es cual mosaico antiguo de vivo paisaje, en el que el tiempo mordisqueó muchos de sus contornos y formas. El sabio es el artista que con su genio ha de reconstruirlo, hasta recrearlo completo y real, para gloria y felicidad del género humano.

La filosofía matemática nos enseña que cualquier número no es más que la unidad repetida; luego, no existe en los números más que el uno. La unidad de la materia está completamente aceptada por la ciencia oficial. En consecuencia, en el cosmos existe sólo un hecho, un suceso único de existencia; en tal virtud, todos los fenómenos del mundo relativo, son repetición de ese único suceso, que siendo una unidad elástica es infinito, por ser real en el conjunto y en el detalle. Esta es la vieja ley de las escalas que Haeckel tuvo la suerte de revivirla, apareciendo como novedad, al aplicarla con el nombre de ley biogenética fundamental, en la Ontogenia y Filogenia. En términos comunes dicha ley se lee así: el individuo es la recapitulación de la especie. Esta ley, en otra forma, ya había sido formulada por otros sabios, pero sin la precisión local a que la destinara el tan bien recordado maestro de la Universidad de Jena. Hace algunos años, tuve el atrevimiento de ampliar dicha ley, con el nombre de Cosmogénica, como consecuencia lógica, ya que a la vista salta su carácter universal y que en muchos casos se demuestra y comprueba. Realmente, con ello no se ha hecho más que revivir la antigua ley de los resúmenes. Su enunciado sencillo para que sea armónico y cierto, debe seguir el orden de la escala natural de los seres, es decir, que todo en su totalidad y en sus partes es una ampliación de lo inmediato inferior y un resumen de lo inmediato superior.

\* \* \*

Establecidos ya los puntos de vista necesarios a los fines de mi conferencia, puedo entrar en conocimiento de la constitución atómica y de sus atributos: electricidad, luz, etc.

Daniel Bernouilli en 1738 fundó la teoría cinética de los gases, en la cual sostenía que estos elementos estaban formados de partículas en constante movimiento. La hipótesis de Bernouilli ha sido definitivamente aceptada. Posteriormente, Johnstone Stoney supuso que las moléculas poseen dos movimientos distintos, movimientos que fueron demostrados con el descubrimiento del espectroscopio, el cual dio en tierra con las teorías de la simplicidad del átomo. De entonces, el átomo es una construcción compleja y viva, tanto como un sistema solar diminuto, sujeto a las mismas leyes armónicas de Kepler.

Ultimamente, el descubrimiento del radium ha venido a reafirmar la idea sobre la complejidad atómica, al grado de que varios sabios, entre otros, Dalton, William Ramsay, J. J. Thomson y Rutherford han creado la astronomía microscópica, por ser el átomo fiel imagen de los sistemas planetarios celestes. Dicho sistema ultra diminuto se compone de uno o varios electrones y iones centrales, a cuyo alrededor giran—a distintas velocidades—miles de electrones, cual si fuesen planetas de un sistema gigante. Supongo que comparar el átomo con un limón, sería como comparar esta fruta con la tierra que habitamos.

Ahora bien, uno de los cuerpos más ligeros es el átomo hidrogénico, que ha sido tomado como unidad para apreciar el peso de los demás cuerpos simples. Así, un átomo de helio pesa igual a cuatro átomos de hidrógeno, por lo cual su peso atómico es 4; el carbono pesa doce veces más que el hidrógeno y su peso atómico es 12; el oxígeno, 16; el fósforo, 31; el azufre, 32; el calcio, 40; el hierro, 56; el cobre, 63; el oro, 197; el plomo, 207; el radium, 225, y el uranio, 240.

Es de notar que todos los pesos atómicos son números enteros, lo que hizo suponer a Prout que todos los átomos de los cuerpos simples son el fruto de la condensación de los átomos de hidrógeno. Así, el átomo áurico sería la suma de 197 átomos hidrogénicos; el radium de 225 y así los demás. Con esta teoría Prout dio gran fuerza a la unidad de la materia. De lo anterior se desprende que los cuerpos se diferencian unos de otros solo por el modo como se agrupan los átomos primitivos, de las velocidades y centros de gravedad de los átomos de los mismos. Sin embargo, sólo convencionalmente se ha aceptado como unidad el

átomo del gas hidrógeno, aunque no se sabe si realmente es el átomo más simple de todos los elementos universales. Por las razones que adelante expondré creo firmemente, como opinan algunos autores, que el átomo hidrogénico es aun sumamente complejo, pues se supone que está compuesto de 700 a 1.000 electrones cada uno.

Aceptada la unidad de la materia, sea su origen el éter u otro elemento cosmógeno, diferenciándose únicamente por la cantidad agrupada y sus velocidades relativas, es lógico imaginarse que sólo posee una función y que su único efecto es la vibración, cuyo volumen y frecuencia determina su condición: sonido, calor, magnetismo, electricidad, luz, etc., formando las diversas escalas que a cada grupo o zona vibratoria le corresponde, aunque por hoy son mejor conocidas la musical y luminosa.

El moderno concepto de la materia aprecia en ella siete estados; etéreo, electrónico, iónico, atómico, sólido, líquido y gaseoso. Los cambios ascendentes, desde el etéreo al gaseoso, absorben energía, aumentando su poder interno. Los cambios de estado regresivos, del gaseoso al etéreo, producen energía, es decir, merman su poder interno, para devolverla al exterior de distinto nivel energético.

Si sonido, calor, magnetismo, electricidad, luz, etc., son una sola vibración acumulada, se formaría una sola escala de vibraciones, expresable por la serie numérica, en la que corresponden a las musicales de do a do, de 128 vibraciones a 256, etc. La relación numérica continúa, indudablemente, con las mismas relaciones cuantitativas de la musical hasta elevarse a las respetables sumas de vibraciones de las notas luminosas, en las que al color rojo corresponden . . . . . 474.439.680.000.000 de vibraciones y a la luz violada 699.000.000.000.000.

En la escala fónica se demuestra fácilmente que la diferencia de tono se debe a la acumulación de vibraciones en tiempos distintos.

Por una rareza, que ya ha llamado la atención, corresponderían a los siete estados de la sustancia, en su noble aspecto considerada, siete grandes grupos de zonas vibratorias: gravedad, sonido, calor, electricidad, afinidad, luz y pensamiento. A su vez, a cada uno de estos campos o familias de vibraciones, corresponden siete notas o matices de energía, de las que se conocen perfectamente las musicales y las que componen el arco iris. Esta concepción simplificadora de los atributos o efectos atómicos, viene a establecer la unidad de la energía, con lo que se reduce cada vez más el problema de la sustancia, según el criterio Haeckeliano. Es natural, que si la materia es una, sus efectos deben ser uno en resumen. Luego, el mundo es una infinita masa etérea, como en realidad lo es, al través de la eternidad. Pero siempre que la gravitación existe, nace la desigualdad y con ella la gama encantadora de sus efectos eléctricos o vibrantes.

Ya el español Tárrida del Mármol pretende demostrar con fórmulas matemáticas el grande y único enigma universal: la gravitación, mediante la presión que a sí mismo se ejerce el éter; pero indudablemente el problema es más hondo cuando aparecen los factores tiempo y espacio, en relación con el éter.

Está demostrado que la luz del sol, como la de cualquier otro origen, no nos envía luz de un solo color, ya que el prisma la descompone dando por resultado el espectro de los colores del arco iris.

El sabio holandés Huyghens, en el siglo XVII, supuso que la luz era el resultado de la vibración de los cuerpos luminosos, teoría completamente comprobada posteriormente, agregando que la variedad de colores se debe al número de vibraciones emitidas en un segundo. De estas premisas se desprende que, en todo foco luminoso existen distintas frecuencias vibratorias, lo que acusa distinta composición atómica.

El espectroscopio enseña que cada cuerpo simple produce diferentes espectros, compuestos de distintas rayas de colores, repartidas en la banda espectral claramente, sobre un fondo negro, hecho que se repite matemáticamente, siempre que se opera con la misma sustancia.

Como la teoría matemática de Maxwell, sobre la electricidad, no llegó a explicar completamente todos los casos y dudas de fenómenos eléctricos y luminosos, Lorentz, otro físico holandés, ideó la teoría de los electrones en 1895, aunque éstos, distintos a los átomos, por los cuales pensó Lorentz circulaban libremente dichos



electrones. La teoría de Lorentz, con algunas modificaciones, es hoy generalmente aceptada y vino a clarear el oscuro problema de la constitución del átomo.

Posteriormente, en 1896, se descubrió la radioactividad, mediante los asiduos trabajos de los franceses Becquerel y Curie, que culminaron con el aparecímiento del ya famoso radium. Todo foco luminoso emite rayos, que son el éter en vibración, pero el radium los emite de tres clases: rayos *alfa* y rayos *beta*, ambos de naturaleza corpuscular y que los experimentos indican que los *alfa* están cargados de electricidad positiva y los *beta* de negativa. Emite, además, rayos *gamma*, etéricos y que, por consiguiente, no gravitan, como lo hacen los rayos *alfa* y *beta*, cayendo sobre campos materiales cargados de electricidad. Se calcula que el peso de las partículas *alfa*—positivas—es miles de veces mayor que el de los electrones *beta* negativos.

Una de las cualidades de la sustancia radioactiva, es la de transformarse en otras sustancias también radioactivas, de intensidad inferior, a medida que emiten sus rayos peculiares. Esta maravillosa descensión radioactiva comienza desde la elevada y fantástica velocidad del radium hasta que, pasando por distintas calidades de radium—de clase inferior—llega, como si viniese en plano inclinado de una alta cima, a la llanura, donde el átomo desintegrado o nómade se convierte en estable. Esta última estación le corresponde al plomo ordinario, fin a que llega el volioso radium.

Si comparamos los pesos atómicos del uranio, 240; radio, 225; y plomo, 207, se nota a primera vista una baja de niveles o grados de energía de cada uno, según su orden. La familia metálica del radio nace del hogar del uranio, mientras que el plomo es el último estanque de energía, como si en él encontrase el radium una poderosa exclusiva, en su descenso desintegrante. Inmediatamente, imagino que el uranio, formado en las entrañas de la tierra y a grandes presiones, contiene ricos depósitos de energía, como si fuesen inmensos pozos de petróleo, en la geología atomística. El ingenioso proceso de la preparación del radium simboliza un taladro que hace brotar, en geisser encantador, el éter de los pozos del uranio, que gira a enormes velocidades. El uranio con menos presión es el radio, el cual fuera ya de su medio habitual comienza a morir, degenerando lentamente hasta estabilizarse en el plomo, de aparente tranquilidad; aunque este metal está a una enorme altura respecto del átomo hidrogénico y del éter.

Aquí es digno de notar el cierre de un gran círculo simbólico, puesto que el uranio, gigantesca síntesis atómica obtenida por la presión, es el padre del radium, metal que es el tipo de la desintegración de la materia, puesto que desmaterializa todo lo que encuentra a su paso, realizando así el sueño dorado de los alquimistas medioevales: la piedra filosofal.

Siendo las sustancias radioactivas un continuo caer, no se les pueda sorprender u obtener en estado de pureza, siendo como son los mismos átomos, pero en movimiento y desmoronándose.

Se sabe que cuando un cuerpo emite partículas *alfa* cambia su peso atómico, pero no cuando las que emite son electrones *beta* negativos. Hechos de esta clase iluminan bastante para juzgar algo sobre la naturaleza de la electricidad positiva y negativa, primordial división que se conoce de esta energía universal. Indudablemente las dos especies de electricidad, positiva y negativa, no son de naturaleza distinta, sino que son la expresión de diferentes cantidades de vibraciones. A mi juicio, cuando en el edificio—átomo se producen vibraciones que no llegan a conmoverle—por pequeñas—hasta romper el fiel relativo a la unidad atómica hidrogénica, estas vibraciones son la electricidad negativa; pero cuando estas ondas pasan el límite de fuerza o de número de electrones, según el patrón o medida de unidad hidrogénica, sube o baja un grado en la numeración de los pesos atómicos, y entonces se obtiene la electricidad positiva. Para una comparación me voy a la gravitación corriente: un pedazo de hierro cae pesadamente porque es más grave que el aire; pero una pluma de ave o una bomba de jabón, menos pesada que el aire, se eleva y no carga el platillo de la balanza, como el pedazo de hierro. Pues bien, se debe de considerar en el átomo una atmósfera etérea especial: la onda positiva es más grave que ella, es el pedazo de hierro de mi ejemplo, mientras

que la onda negativa es menos pesada que esa atmósfera de éter, no gravita y sería la pluma de ave a la bomba de jabón.

Conviene ahora ir al interior del átomo. Ya dijimos que el átomo es, ni más ni menos que un ínfimo sistema planetario. En este sistema diminuto los astros se llaman electrones y el electrón central, que es el sol atómico, toma el nombre especial de ión.

Se dice que los electrones están igualmente cargados de electricidad positiva y negativa, puesto que la materia—en general—es eléctricamente neutra. Más adelante expresaré que no hay tal carga positiva o negativa, sino una clase solamente de vibraciones, por lo cual creo que se llegará a modificar la concepción del átomo, según la imaginan Thomson, Rutherford y el sabio Bohr, que la completó.

Según los experimentos hechos por notables hombres de ciencia, vengo en conocimiento de que las partículas *alfa* o electrones positivos atraviesan delgadas láminas metálicas, indicando así que los electrones no están compactos en el átomo, sino separados y que a veces dichos rayos *alfa*—electrones positivos—sufren desviaciones, es decir, de acuerdo con la resistencia de la atmósfera etérea especial que supongo. De esa manera se repetiría, simple y microscópicamente, el caso de los meteoros y cometas, que en la circulación celeste van de sistema en sistema, modificando y modificándose, por las diversas fuerzas que encuentran a su paso, en la inmensa clámide. La ley cosmogénica aconseja este símil, ya que se ha aceptado la astronomía microscópica.

La idea sobre la constitución del átomo de J. J. Thomson, modificada por el físico inglés Rutherford, sostiene que en cada sistema-átomo los electrones positivos forman un grupo central o núcleo positivo y los electrones negativos giran como planetas en torno del ión sol. Un cuerpo tiene distinto peso atómico, según el número de electrones que contiene en cada átomo. El del átomo hidrogénico, el más ligero, está formado según este concepto de un solo electrón positivo y de un electrón negativo que gira alrededor, comparándosele a la tierra y la luna. Esta teoría de Rutherford fue completada por Niels Bohr, de Copenhague, quien concibió el átomo estable, sin producción de vibraciones eléctricas en su vida ordinaria, sino hasta que una fuerza exterior le obliga a describir órbitas distintas. El físico Bohr aplicó, asimismo, la teoría de los *cuanta* de Planck, que sostiene hipotéticamente que un átomo en vibración no puede emitir cualquier cantidad de energía radiante, sino múltiplos exactos de una unidad variable y supuesta que Planck llamó *quantum*; lo que es lo mismo, que las cantidades de energía serán según la serie numérica; pero nunca fracciones del quantum, como pasa con la serie de los pesos atómicos, que son siempre enteros. En otro sentido Sommerfeld de Munich completó las ideas de Bohr.

El átomo del gas hidrógeno—sostienen estos sabios—únicamente contiene dos electrones y que el negativo cambia de órbitas, produciendo así distintos rayos coloreados en el análisis espectral que descubrieron Bunsen y Kirchhoff. Examinando el espectro hidrogénico, resulta que está formado de tres rayas principales, fuera de muchas otras poco apreciables: la primera de izquierda a derecha es roja, la segunda es verde y la tercera azul. Como dije, existen otras rayas de menos importancia, pero que aun así no deben olvidarse para ingeniar la constitución atómica del hidrógeno.

Puede suceder, como cree Bohr, que un mismo electrón cambia de órbitas, produciendo vibraciones de distinta frecuencia, pero como este cambio de órbitas no se presenta del mismo modo en los sistemas celestes y las rayas aparecen al mismo tiempo, hay motivo para sospechar que produciendo tres colores, que son de frecuencias vibratorias diferentes, estas frecuencias son hijas de electrones distintos y bien cimentados, puesto que son constantes. Si esto sucediese, el átomo ligerísimo del hidrógeno estaría constituido por tres electrones o grupos de electrones principales y de otros menores, ya que presenta el espectro otras rayas menos visibles, o sucedería lo que calculan otros sabios, que cada átomo está compuesto de 700 a 1.000 electrones cada uno.

Cabe considerar aquí, que, en la mecánica intra-atómica, pueden repetirse todos los casos que en la celeste existen. De acuerdo con esta observación podría

presentarse el caso de la profecía de Lagrange. Y, por qué sería imposible que ese caso sea el del átomo hidrogénico?

Como es sabido, Lagrange anunció que podría darse el caso de tres astros que ocupen constantemente los tres vértices de un triángulo equilátero, como se demostró después de la muerte de Lagrange, con el sol, Júpiter y el asteroide T. G., es decir, que la distancia que guardan estos cuerpos celestes entre sí, es constantemente igual. De ahí se deduce la posibilidad de que se repita esta curiosidad dinámica en la física atomística, sino en el hidrogénico, en otro de los cuerpos elementales. Lo cierto es que el peso atómico de los cuerpos está determinado por la diversidad en el número de los electrones para cada átomo y su velocidad giratoria, la cual ya se ha calculado en 500 metros por segundo para los menos ligeros.

Si el hombre pudiese jugar a su antojo, cambiando el peso atómico de los cuerpos como ya lo empieza a conseguir y cuyo ejemplo más asombroso es la desintegración o desmoronamiento del edificio atómico del radium, se habría llegado entonces a encontrar la soñada piedra filosofal y asisteríamos a una sabia parodia o copia de la naturaleza, reducida a un breve cuadro en el tiempo y en el espacio, pues de metales vulgares o abundantes obtendríanse metales nobles y vallosos.

Hasta la fecha son todavía pocos los casos de transmutación que los grandes químicos han podido encontrar. De los supuestos o que ya se tienen indicios de posibilidad y que en el porvenir puedan presentarse, se reducirían o catalogarían en tres categorías, así:

- 1º Transmutación por resta o desintegración de un metal compuesto de otros, o por análisis.

Ejemplo:

Atomo cúprico = átomo cálcico + átomo sódico,  
que reducido a números sería:

63.000 electrones cúpricos = 40.000 cálcicos y 23.000 sódicos.

- 2º—Transmutación proplamente dicha.

Ejemplo:

Atomo cúprico + átomo hidrogénico = a 2 átomos azúfricos, que en números es:

63.000 electrones cúpricos más 1.000 hidrogénicos, igual a 2 por 32.000 azúfricos.

- 3º—Transmutación por síntesis

Ejemplo:

Antimonio, Sb igual a 122, peso atómico

Arsénico, As. " " 75, " "

Oro, Au. " " 197, " "

Entonces, Sb más As. igual a Au., o sea:

122 más 75 igual a 197.

Este es el caso de transmutación que supone Tárrida del Mármol para encontrar el oro.

Propiamente estos casos de trasmutación son en esencia dos, por suma o por resta de elementos.

Es conocido el hecho de que algunos cuerpos simples se presentan formando variedades sin perder su propio peso atómico, como pasa con los cuerpos isómeros: el oro, el fósforo, etc. Otros elementos de sí y naturalmente producen otros cuerpos que entran en su composición, como el radium, en su descenso da el helio, argón, neón y xenón.

“Los hechos más recientes—dice De Heen—prueban que las especies químicas desaparecen del mismo modo que las especies animales: nacen, viven y mueren. El radium, por ejemplo, engendrado bajo la presión formidable que reina en el seno de nuestro globo, muere lentamente cuando se le sube a la superficie, lo mismo que ciertos organismos marinos dejarían de existir si se les arrancara de los profundos abismos del océano.”

En cuanto al concepto de las escalas es relativo y así como se repite la musical en toda la gama, del mismo modo debe encontrarse esta repetición en el calor, luz, electricidad, etc., en cuyos campos existen polos por ausencia y por totalidad



de valores vibrantes.—Ejemplo: el blanco y el negro; el silencio y la pluralidad fónica.

Las escalas son los matices que los sentidos humanos se dan cuenta directamente, pero sin olvidar aquellos que, por impotencia de los sentidos, nos son desconocidos. Aceptada la unidad energética, resulta que los cinco sentidos son uno en esencia o sea que el del tacto los abarca. La vista o el sentido concienal son el tacto o el oído multiplicados. Nuestros ojos son la suma de muchos oídos o viceversa, el oído es una vista ratificada o espaciada.

Según esas ideas, los tropos atrevidos de los poetas, por imposibles que resulten, poseen una base y explicación netamente científicas, según la hipótesis de que me ocupo.

Conviene concebir, conforme esta manera de interpretar la naturaleza, que la luz es un sonido tan alto que pasa los límites de capacidad que poseen nuestros oídos; y, al contrario, que la música es una luz tan débil, que se escapa a nuestra vista. Lo mismo podría decirse de todos los efectos de las funciones atómicas.

Hasta hoy, se ha hablado de electrones, de electricidad negativa y positiva; de la luz como efecto y de las vibraciones, pero sin una completa aclaración de estas últimas y si proceden como efecto de una causa tan mecánica como la que delatan los fenómenos de la vida ordinaria.

Mi opinión humilde, al respecto, es la siguiente: Siendo imposible prescindir del éter, como elemento primitivo o cosmógeno, debemos conceptuarlo como el ambiente en que se crea ese edificio estupendo del átomo, maravilloso en su pequeñez.

Tárrida del Mármol ensayó, como antes dije, una posible explicación al enigma de la gravitación, de la cual no me ocuparé hoy, pero sí debo manifestaros, que se basa en la autopresión etérica. Ahí está el secreto fundamental que hace brotar todo este mundo de lo relativo, que es un mare-magnum o rompecabezas de la humanidad pensante

Creo firmemente que toda actividad es consecuencia de los mares de éter en movimiento. Las vibraciones son las ondas esféricas o el oleaje de ese océano infinito que penetra absolutamente todo lo que se dice creado. En otros términos: que la electricidad, la luz, el calor y el pensamiento no son más que puro movimiento, puesto que el éter, como el agua, no avanza sino que es modelado por el movimiento. En ese caso, la interrogación es de donde procede este movimiento. No hay que olvidar que las vibraciones son esféricas o sea que se propagan en todas direcciones, a menos que encuentren inconvenientes superiores que las detengan.

Si en un estanque de tranquilas aguas cae un objeto cualquiera, como bien sabemos, la fuerza viva de la gravitación, no pudiendo continuar en el sentido vertical de la caída, se propaga horizontalmente, dando origen a las ondas concéntricas que irían hasta el fin del mundo nuestro, si no fuesen los inconvenientes insuperables. Pues bien, cosa completamente igual acontece—indudablemente—en los infinitos pozos de éter que circundan como atmósfera, los diminutos sistemas de átomos. Estos átomos han comenzado a girar, si es que cabe un comienzo, el cual no creo, por la presión del mismo éter, según la hipótesis de Tárrida del Mármol. Su movimiento sería en línea recta si no se lo impidiesen las innumerables masas de éter, por lo cual ha sido obligado a girar—me supongo—describiendo órbitas distintas, las que, dicho sea de paso, no confío sean fijas sino que corren o se desarrollan en un ancho canal de posibilidad, como creo giran los asteroides, lo que tal vez dé origen a las muchas rayas del espectro luminoso. Mientras mayor es la presión, más alta es su velocidad giratoria, mayor el número de electrones que arrastra y, de consiguiente, más elevado el peso atómico de los cuerpos.

Ahora bien, volvamos al ejemplo clásico del estanque: si en sus aguas nada o está en reposo un objeto de forma y de condición cualesquiera, el agua sólo deja de ocupar una parte del espacio que llena el objeto en cuestión. Si este objeto instantáneamente comienza a girar, aumentando su velocidad, este acto desalojara una mayor cantidad de agua y dará origen a una multitud de ondas, que son vibraciones, de distintas extensión y frecuencia. Estas ondas recorrerán el orden ascendente y maravilloso de las escalas vibrantes y según su ligereza, será sonido, calor, electricidad, luz y pensamiento. El caso se repite si el objeto en cuestión

está girando a una enorme velocidad—y este es el de los átomos ya formados y estables—y, bien porque la presión disminuya, o se le acerquen nuevos electrones, o cumpliendo su destino de nacer y morir, por cualquier causa que sea, su paralización hará que el hueco que su movimiento sostenía en el líquido, o sea en el medio éter, sea nuevamente rellenado, dando origen a otra serie de ondas, es decir, vibraciones que repetirán en orden descendente la producción de los distintos agentes o atributos que arriba quedan apuntados. Dudo que este orden de ascenso o descenso no sea causante de las dos clases de electricidad que se conocen, positiva y negativa, en el caso de que falle la suposición que anteriormente expuse.

También brota la electricidad del desmoronamiento de los átomos, como en los cuerpos radioactivos, cual si en un sistema en volución se desprendiesen como vólvidos o estrellas errantes, los electrones y su caída en el éter tranquilo se trasmuta en los bombardeos o choques de fuerzas, que se contemplan en las sustancias radioactivas. Si todo lo anterior es cierto, quedaría el problema de la luz y de la electricidad, como casos particulares o generales de la gravitación, como conjeturo que son, y de esa suerte, tendríamos el caso sencillo de que la electricidad y la luz son efecto de las grandes caídas o saltos de ese elemento que se llama éter. Hay que apreciar estas cataratas en su doble aspecto: ascendente y descendente. Una hipótesis como la expuesta nos coloca en un plano idéntico al de la tierra en que vivimos, en la cual se aprovechan las caídas de agua y si posible fuera se utilizarían las evaporaciones que también llevan fuerza.

Así, el átomo se convierte en un país cuya geografía intenta el sabio descubrir. O mejor pensado, el país o tierra es el éter y los átomos las alturas que se elevan sobre el nivel móvil e infinito del éter.

Se supone que el éter es impesante, que el mundo todo es éter; luego, el universo en suma no pesa. Todo es éter, pero no todo el éter se mueve de igual manera. El éter pesa o gravita cuando se mueve, luego el movimiento es gravitación.

Hay infinitas cámaras u océanos etéreos en reposo, tranquilos e indiferentes y hay constelaciones atómicas a grandes velocidades. La nivelación de esas velocidades producen o son la luz y la electricidad.

En suma, la electricidad es la vibración de los depósitos de éter tranquilo, producida por la caída o choques de iones y electrones de grandes velocidades, es decir, formando enormes cataratas o cascadas de éter, que va del movimiento al reposo o viceversa.

Pero siempre el enigma queda aun en el éter, respecto de su origen, aunque no lo ha tenido, pues es eterno, y sus relaciones con el espacio. El éter es el uno, pero entre el uno y el cero existe un infinito de grandeza, sentido en la intuición de la cantidad.

El objetivo principal y futuro es el de encontrar la forma que presentan, según sus manifestaciones, los átomos de los cuerpos simples, para averiguar así, de acuerdo con las leyes mecánicas de la relatividad, la caída de esos cuerpos ínfimos, ya aislados o en cataratas, en el fondo ilimitado del éter.

Nada se sabe respecto a la parte de identidad que pueda haber entre el éter y el espacio, o por lo menos sus relaciones íntimas. El cero es punto neutro, la unidad variable y la nada una ilusión máxima, puesto que del uno al cero hay un infinito.

\* \* \*

Tales son las ideas modernas que sobre la constitución íntima de la materia existen, distinguidos compañeros, y que yo, simple aficionado al estudio, he llegado a comprender, después de lecturas interesantísimas, aunque me atrevo a agregar algunos comentarios o suposiciones a la sombra de conocidas y grandiosas hipótesis, que van siendo poco a poco aceptadas por la ciencia oficial. Si estas suposiciones, que pueden carecer de todo valor y mérito, llegasen algún día a acercarse a las futuras soluciones de problemas tan profundos sobre la íntima maya de la vida atómica y que preocupan tanto a la humanidad pensante, gozaría infinito y disculparía los afanes, en la vida, por la meditación filosófica y por penetrar los hondos misterios de la creación.

Termino agradeciendo íntimamente vuestra generosa acogida y al presentaro fraternalmente mis respetos, pongo gozoso mi insignificante contingente al servicio de esta noble agrupación, que está llamada a dar lustre y nombre a nuestra tan desventurada Patria.

Quieran los destellos de la frente luminosa de la diosa Atenea, gloria del histórico Partenón, que se cumpla el destino intelectual de Honduras, mediante la férrea voluntad de los hombres de bien que anhelan el levantamiento armónico de la América Española y de la Humanidad.

Tegucigalpa, 21 de agosto de 1926.

## El Reloj del Hospital

No hablará más a mi alma tu campana tranquila,  
no más a mi recuerdo, tu silenciosa esquila  
dirá las añoranzas de mi cándida infancia  
cuando el toque de escuela me llamaba con ansia.

De mi barrio querido te llevaron muy lejos,  
porque no perecieras en los escombros viejos;  
pero, eterno, en la mente me dejaste el gemido  
de tu voz en mis noches de vigilia y olvido;  
de tu lengua doliente que siempre me decía  
cuando algún desdichado clamaba en su agonía;  
del péndulo implacable que el peso del dolor  
mide, cruel, de las vidas que se agotan en flor.

Viejo reloj, quedaste para contar la historia  
de la casa piadosa, para desear la gloria  
de los Planas y Sotos—los hidalgos varones—  
que dar pan a los pobres cifraban sus blasones;  
y también me recuerdas de la Patria sus males,  
porque has visto la sangre de nuestras saturnales.

VISITACIÓN PADILLA





*Dr. Angel R. Fortín.*

## DISCURSO

de bienvenida pronunciado por el Dr. Angel R. Fortín,  
en la recepción del nuevo ateneísta Prof. Jesús Aguilar

---

SEÑORES:

El Ateneo de Honduras, que aspira a ser, para bien de la Patria, la suma de sus mejores energías y capacidades creadoras, el núcleo principal de donde irradian las más nobles concepciones del espíritu y la fuente de estímulo donde abren las nuevas generaciones para buscar la superación intelectual del pueblo hondureño, se siente hoy sumamente complacido por la incorporación entre sus elementos batalladores de una nueva mentalidad, llamada por su vigor y por su devoción a

la ciencia y al estudio, a ser una poderosa fuerza en el desenvolvimiento de los ideales de progreso y de cultura que sustenta la agrupación.

Acabáis de oír la magnífica pieza oratoria con que el talentoso profesor Aguilar, dando cumplimiento a un precepto reglamentario de nuestro centro, hace su incorporación entre nosotros. Maciza en ideas, plena de observaciones científicas, con lenguaje donde fulgen como joyas las metáforas y los símbolos, ella os dará la noción precisa del alto valor intelectual del nuevo ateneísta, de la dedicación de éste a los estudios trascendentes y de cómo sabe poner médula vallosa en su flora cerebral.

El nuevo compañero tiene ya antecedentes que lo prestigian: su labor pedagógica como modelador de espíritus y difusor de sanas doctrinas; su obra literaria concretada, en parte, en su libro "Laberintos de Alquimia", o dispersa en diarios y revistas; y su labor de observación, de esfuerzo, de penalidades y de patriotismo, que se traducirá en un mapa y una geografía detalladísimos de Honduras, por cuyos dilatados rumbos ha ido desde hace varios años, solitario y meditativo, como un enamorado de la Quimera, midiendo alturas, rectificando límites y orientaciones, anotando riquezas naturales y arqueológicas y deleitándose con las múltiples bellezas de nuestro suelo, que son fuente de inspiración para el artista y promesa fecunda de un mañana venturoso para el país, cuando ellas sean enfocadas y puestas a la espectación del mundo por los diversos agentes de la civilización.

Toda esa labor proficua y silenciosa que ha realizado y sigue efectuando el profesor Aguilar, constituye el alto exponente de su potencialidad espiritual y patriótica, y ella hace augurar los muchos frutos de sapiencia y de arte que habrá de ofrendar en el futuro en los altares de la Patria.

El Ateneo de Honduras da a su nuevo miembro el más afectuoso saludo de bienvenida y pone en él sus lógicas esperanzas de que sabrá contribuir con todos sus compañeros al prestigio de la institución y, por ende, al enaltecimiento intelectual de Honduras.



## DIARIO INTIMO

La Esperanza, 21 de marzo de 1920.

Hoy me desentierro; he de quitar los sedimentos petrificados sobre la sutil sensibilidad mía, para sentirme como antes. Sé que soy arrollo vital; sin embargo, gravito para todo punto y hacia el tiempo.

He de ir paso a paso por la muralla de los años hasta en contrarme presente en los recuerdos. — Y es que me considero —en este instante— universal, así como en otros sólo he sido un punto, como algo determinado e invariable.

He visto muchas mujeres, continentes del secreto de todas las cosas. Su lenguaje—inconsciente para ellas—halla eco maravilloso en mis altos pensamientos, lo que también ellas no imaginan.—Marchan precisadas como brindándose a lo imprevisto y futuro. Cómo las posee mi espíritu que a ellas va desde el barro que me forma. Qué mujer desconocida no ha de ser virgen a mi corazón? . . . .

También las mujeres parecen la vida; pero sólo son una estación de ella—Semejan palpitaciones de amor creador, y son tumbas andantes en cuyas heridas naturales acecha la serpe del deseo que mata, consume y disocia—Sin embargo, yo quiero esa muerte en brazos que me completan; quiere ese asesinato que me acaricia el corazón hasta beberse la médula de mi tesoro. ¡Cómo ellas y yo somos raudales de vida; cómo se encuentran con furia de poseerse para fusionarse en un solo océano: el hijo! . . . .

Nuestro hijo nos comprende y nos eterniza; lleva sus pupilas y mi corazón en sí mismo y realiza el anhelo de nuestro amor.

El ambiente es fresco, pero me enardece los sentidos —Navego en el aire como un pez en un mar de transparencia. Y es que el aire es también un océano, como son un infinito el tiempo y los cielos constelados. . . . .

JESÚS AGUILAR.



# BODA FATAL



## ACTO CUARTO

# LA BODA



(Plaza pública de San Pedro Sula, con estatuas, bancos, jardines, etc. Varias calles convergen en la plaza. Hacia la derecha la iglesia, cuya puerta principal permanece abierta.)

<u>Título de los Actos</u>
Acto primero La Partida
Acto segundo En París (Carnaval)
Acto tercero Hidalguía
Acto cuarto La Boda

Personajes:

Julieta  
Doña Dionisia  
Don Leonidas  
Danilo  
Don Onofre  
Comandante de Marina de Guerra  
Oficial de Marina de Guerra  
Médico  
Luis  
Desconocido  
Damas  
Cobalieros  
Estudiantes  
Marinos  
Pueblo

### ESCENA I

Danilo.

(Danilo, aparece sentado en uno de los bancos de la plaza, en actitud de meditación).

DANILO.—¡Cómo transcurre la vida, monótona y vaga, en estos interminables siglos de ausencia . . . . .!

¡Cómo se hunde en el ocaso el Astro-Rey, con su mustio ropaje, como pálida rosa de té—medio oculta en la esmeralda de su cáliz morvido—sin provocar siquiera las ansias del crepúsculo!

Del murmullo de la fuente languidece la caución seductora.

Y como velo de novia, agitado por la brisa, un celaje de singular melancolía, razga el infinito ¡impasible y puro!

Y es que ella deja, en la vida y en las almas, un estremecimiento incomprensible de amor y de ternura.

Y es que su mano primorosa dignifica el Arte, y la nota alada surge tranquila, plena de encantos y armonías.

—Por eso calla el piano y muere de nostalgia, porque de la mágica presión de sus dedos marfilinos no siente el tenue roce.

—Por eso los pinceles sollozan lastimeros, y se cubren de agonía el lienzo y la acuarela, por que lejos de su diva no copian la cascada ni fijan en la tela un bello atardecer.

—Por eso el jilgerillo no canta en las mañanas, ni se oye del turpial su música divina.....

¡Todo está triste! ¡Todo está mustio! Ni tiene luz el día, ni perfumes la flor.

En piélagos mortal se oculta en el tramonto, dejando sus topacios el Iris diamantino.

No tienen las estrellas su brillo titilante, porque falta de sus ojos la peregrina luz.

Y lejos..... en la alfombra de céspedes umbríos, se quejan las cigarras y llora el colibrí.

¡Sólo en el fondo de un cielo esplendoroso, parece que adivino su forma virginal!!

..... (Pausa).....

¡Oh, pálido rayo de luna—mensajero de mis nostalgias y tristezas: llévale los ayes de mi alma inquieta, llévale el ritmo angustioso de mi lira.....

Y al besar su frente candorosa y pura, en la serena tranquilidad de la noche, en el apasible espasmo del silencio, dile ¡muy quedo! cómo transcurre la vida, monótona y vaga, en estos interminables siglos de ausencia.. .. . (Agacha la cabeza entre las manos).

## ESCENA II

Danilo.—Luis.

(Se nota movimiento de gente en la plaza y en las calles. Hay alarma. Personas que cruzan en diferentes direcciones, algunas pasan precipitadamente).

LUIS.—(Llega corriendo a donde está Danilo. Jadeante, sudoroso, apenas puede hablar). ¡Te he buscado por todas partes! ¡Creí que nunca te encontraría!

DANILO.—(Saliendo repentinamente de su mutismo). ¡Qué! ¡Qué pasa! ¡Qué ocurre? ¡Me espanta tu semblante y tu voz, Luis!

LUIS.—¡Levántate! ¡Arriba! ¡Arriba! No hay un minuto que perder. Han desembarcado marinos extranjeros, y vienen sobre la ciudad en señal de conquista. De un momento a otro estarán aquí.

DANILO.—(Transfigurándose instantáneamente) ¡Cómo! ¡Se han atrevido! ¡Oh, a las armas! ¡A las armas! Corre, y avisa a nuestros hermanos. ¡Avisa al pueblo, que ha llegado la hora de morir por la Patria! (Aumenta la confusión de la gente. La campana del templo toca arrebatado. Se oyen gritos, imprecaciones, etc.)

LUIS.—En el acto. (Sale precipitadamente. Danilo, después de una ligera pausa y como recogiendo sus ideas, sale tras él. En el momento de salir, le detiene un desconocido, cubierto hasta los ojos con una capa española).

## ESCENA III

Danilo.—Desconocido.

DESCONOCIDO.—(Aproximándose a Danilo sin descubrirse) ¡Detente!!

DANILO.—¿Quién eres? Por qué me interrumpes el paso en este momento terrible para la Patria?

DESCONOCIDO.—(Fingiendo la voz). Soy miembro del *Comité de los conformes*. Y en su nombre, vengo a hablaros.

DANILO.—(Al oír la palabra *conformes*, se llena de indignación). ¡Miserable! ¿Por quién me habéis tomado?

DESCONOCIDO.—Es que acordamos en la sesión de hoy, que sería preferible no oponer resistencia. Que nos conformemos con los hechos consumados, pues no sería conveniente derramar sin necesidad nuestra sangre, ya que el destino así lo quiere; por lo tanto, vengo a daros el consejo de que os sometáis sin la menor resistencia, sin la menor señal de protesta, si queréis servir ciegamente a la Patria, no procuréis que sus hijos—sin fuerzas ni elementos suficientes—se lancen a una lucha estéril e improductiva, Y, sobre todo, ¡que sabemos! tal vez se puede prex

sentar una brillante ocasión para los que no se opongan a la conquista, haciéndoles ocupar puestos muy honrosos y lucrativos... Yo pienso que.....

DANILO —(Sin dejarle concluir). ¡Oh, cobardes! ¡Traidores! ¡Mil veces traidores! Preferís que se escupa al rostro de vuestras madres y de vuestros hijos; llevar en la frente la estigma ignominiosa del esclavo; ver mancilladas las urnas sagradas donde descansan los restos de vuestros abuelos, antes que cumplir con el deber que nos impone la naturaleza, que nos impone el mismo Dios? ¡Bien! ¡Que sea el cieno inmundo de tu asquerosa y mezquina sangre, la primera mancha que caiga sobre este suelo bendito! ¡Que sea tu vida miserable y rastrera el prólogo de esta horrorosa hecatombe en que dentro de poco nos envolveremos, por defender ¡hasta la muerte! la autonomía y la libertad de nuestra Patria. (Súbitamente saca su pistola disparando sobre el desconocido). ¡Muere! ¡Muere, traidor! (El desconocido, cae al suelo, dando un grito desesperado y revolcándose en su propia sangre. Danilo, sigue su marcha precipitadamente).

#### ESCENA IV

Danilo.—Estudiante.—Hombres, Niños, Mujeres.—Pueblo en general.

(Entra la multitud por el fondo. Danilo a la cabeza, lleva desplegado el Pa bellón de la Patria, y cubierto con el gorro frigio. Los hombres, van con escopetas, rifles, machetes, pistolas, etc., etc. Las mujeres y los niños dan vivas a la Patria, levantando los brazos en actitud de protesta y amenaza. Todos llevan divisas con los colores nacionales. En el momento que llega el grupo al proscenio, se oye el Himno Nacional. Todo el mundo se descubre para oírlo en solemne y profundo respeto. Al concluir, dan todos vivas a la patria. Danilo, se adelanta y se dirige al pueblo).

#### ESCENA V

Danilo

DANILO.—Hermanos: Ya la bota del conquistador imprimió su huella oprobiosa, en el corazón de nuestra patria amada!

¡Ya se oye el tropel—terriblemente siniestro—de las huestes invasoras, profanando el palmo de tierra que cobija nuestra bandera augusta!

¡Ya sonó la clarinada fatal, que hace tanto tiempo os venía anunciando, pero que apenas unos cuantos creyeron en mis palabras, y otros muchos pensaron tal vez, en las locas imágenes de mi ardiente fantasía!

Sin embargo, me siento feliz. Sí; me siento en uno de los instantes más sublimes de mi vida, porque veo en lontananza una luz esplendorosa que se llama *Libertad*, y que ilumina nuestras conciencias, para escalar el Tabor, en la dilecta visión de una muerte digna.

Me siento feliz, porque esta grandiosa irradiación de patrio anhelo—que oscila dentro de mi alma—la sentís también vosotros, entonando conmigo, en este momento supremo, el himno egregio de *Guerra al Invasor!*

¡Ilusos! No tamizaron en su sed de conquista, que al herir la honra de un pueblo libre, fulminarían nuestros espíritus, que en miríadas dispersas llegarán hasta Dios, desplegando todas las banderas de nuestra suprema indignación?

No comprendieron, que en nuestros pechos, arde latente aquel fuego santo de suprema rebeldía, y que en una crispación de protesta vamos a sucumbir, disputándoles con nuestras vidas, ese jirón de cielo azul—que en la bóveda infinita—clareó majestuoso el 15 de septiembre de 1821?

No comprendieron, que en nuestras venas hierve la sangre autóctona del indio Lempira, que en vertiginosa propulsión hacia la gloria murió, pleno de luz, al canto postrero del quetzal cautivo?

Hondureños: Nuestra causa, es la causa más santa, la causa más noble que todo pecho bien nacido puede alentar.

Y como un solo hombre, como una sola masa—terrible e indómita—lanzaremos todas nuestras fuerzas, todas las energías de nuestras almas, contra esa raza extraña ¡que en hora maldita! pretende imponernos su yugo abominable.

Ha llegado la hora. Defendamos, pues, con nuestra sangre y nuestras vidas



esta sacrosanta insignia, que en una como alborada de luz, nos legaron nuestros antepasados. Y si morimos por ella, nada habrá para nosotros más grande y más sublime que haber muerto por defender la patria.

Hermanos: ¡Allá nos espera la honra y la gloria, dejemos aquí hundida en la miseria la traición y la bajeza.....!

¡Seguidme!!

(Al concluir Danilo, la multitud da vivas a la patria. Se oye de nuevo el Himno Nacional. Parte la multitud, haciendo Danilo flamear en lo alto la sagrada insignia de la Nación. El grupo toma diferentes direcciones por la plaza y las calles adyacentes, pero siempre a la vista del público, con excepción de Danilo, que no se ve. Inmediatamente después, óyense detonaciones, gritos, ayes lastimeros. La multitud se esparce como en pleno combate urbano. Levántanse barricadas con cajones, muebles, etc., etc. Se ven cruzar marinos haciendo fuego sobre el pueblo. Oyense toques de corneta, detonaciones. Por una de las calles laterales entra don Onofre, dirigiéndose hacia el proscenio).

### ESCENA VI

Don Onofre

DON ONOFRE.—(Aterrorizado y con el sombrero en la mano) ¡¡Cáspita!! ¡Es-to cunde! Cuánto imbécil muriendo tontamente, por una quisicosa, por eso que los ilusos llaman patria! ¡Ah, felizmente yo soy de todo el mundo! Mi patria es la tierra (sigue el combate). ¡Pero esto no va muy bien, Onofre! ¡A casita! ¡A casita! ¡Ocúltate, que esto no vale la pena para que un hombre sensato y de gran valor como tú, se arranque un pelo del bigote! ¡Que viene la dominación extraña, bueno, hombre, bueno! ¡Que nos quieren conquistar otras razas, magnífico, hombre, magnífico! ¡Tal vez tendremos un empleto de chuparse el dedo, por haber tenido el gran mérito de pertenecer a los conformes. Sí, amigo, a los conformes! ¡Estando ésta lo suficientemente llena (golpeándose ligeramente el abdomen) todo marchará a pedir de boca! Pero, ocúltate, Onofre, ocúltate, que esto no es para tí!... ¡Después, después, ya veremos! ¡Ya veremos cuál es tu puesto! (Sale a escape).

### ESCENA VII

Danilo.—Doña Luz.—Señora 1.—Comandante de Marina de Guerra.—Oficial de Marina de Guerra.—Médico Militar.—Marinos.

(El combate continúa, pero ya con menor intensidad. Aparece Danilo, herido, en una camilla conducido por cuatro marinos, seguidos del Oficial. Detrás llega una custodia de 10 ó 12 marinos. Danilo, fuertemente atado en la camilla, deja ver huellas de sangre, lo mismo que girones de la bandera nacional, en la que viene arropado. Descansan la camilla en el proscenio).

OFICIAL.—(Dirigiéndose al prisionero) ¡¡Ríndase Ud!! ¡¡Ríndase!! ¡¡Aun puede conservar la vida!!

DANILO.—(Con voz desesperada). ¡Vida, sin Patria y sin honor .....! ¡¡Jamás!! ¡¡NUNCA!! ¡Fusiladme! ¡Fusiladme, os lo ruego!

OFICIAL.—Diga Ud. ¡¡Muera Honduras!! Y en el acto lo pongo en libertad.

DANILO.—¡¡Cobarde!! ¡¡Callad!! ¡¡Callad!! ¡Si tuviera sueltas las manos te arrancaría esa lengua maldita, para que no volvieras a repetir jamás tania blasfemia! No tenéis aquí mi sangre? ¡Bebéosla! ¡Bebéosla, hienas hambrientas! ¡¡Viva mi Patria!! ¡¡Viva Honduras!! ¡¡Viva mil veces!! Que si mil vidas tuviera, todas ellas las daría por defender sus sagrados derechos.

OFICIAL.—Soldados, ponadle una mordaza, para no oír más sus majaderías (Los soldados le amarraron fuertemente un lienzo en la boca, imposibilitándole para hablar). ¡Formad el cuadro! (Los soldados se colocan en línea, frente a la camilla). ¡Alstad vuestras armas, para acabar de una vez con este miserable! (Doña Luz, toda desgreñada, entra precipitadamente, por la calle lateral. Se arroja a los pies del Oficial en actitud de súplica).

DOÑA LUZ.—¡¡Señor!! ¡¡Señor!! ¡Salvad a mi hijo! ¡La vida de mi hijo! ¡¡Por Dios, salvadle!! (Hace ademán de besar las manos del Oficial).

OFICIAL.—Sargento, arrojad de aquí estos perros, y poned guardias para que nadie se aproxime. (El sargento rechaza a empujones y culatazos a doña Luz y a otra señora que llega en esos momentos).

SEÑORA I —(Desesperada). ¡Ah, infames, asesinos!

OFICIAL —(Dirigiéndose a los soldados que forman el cuadro). ¡Preparen! (Los soldados preparan sus armas. Danilo, haciendo un supremo esfuerzo logra desatarse una mano, con la que se baja el lienzo que le han puesto en la boca, y grita con todo ardor).

DANILO.—¡¡VIVA HONDURAS!!!

OFICIAL.—¡Apunten! (Los soldados hacen puntería sobre el pecho de Danilo. En este supremo instante entra por el fondo el Comandante y hace una señal imperativa a los soldados, que están ya listos para disparar).

EL COMANDANTE.—¡Alto! (Los soldados bajan las armas. Dirigiéndose al Oficial y señalando a Danilo. Con acento puramente inglés). Por qué querer matar este mochache? Este mochache ser un héroe. Este mochache morir por defender su Patrie, que nosotros querer quitársele. Si mi ser Jóndureflo, mi estar como él. Mi morir también por la Patria. El ser valiente. El ser digno. El no fosilar nosotros. . . . . Oficial, traer la Médique. Soltar prisionero. Retirarse. (El Oficial con manifiesta grosería, suelta las ligas que atan a Danilo y se retira con su gente. Danilo procura incorporarse, dejando ver todo su cuerpo ensangrentado, lo mismo que los jirones de bandera que le arropan).

DANILO.—Gracias, Comandante. (Entra el Oficial y el Médico. Este examina detenidamente al herido).

COMANDANTE.—No moche moriéndose?

EL MÉDICO.—No señor. Felizmente las heridas no son de gravedad. Haciendo un esfuerzo, puede levantarse sin ningun peligro. (Se retiran el Médico y el Oficial, saludando militarmente al Comandante).

DANILO.—(Levantándose). ¡¡Oh, matadme!! ¡¡Matadme!! ¡Yo no quiero la vida del cuerpo, si me habéis despedazado el alma!

COMANDANTE.—¡No! ¡Tú ser un valiente! Dadme la mano. Mi querer ser tu amigo, Mi ser soldado y mi cumplir por disciplina. Pero a mi no gustar conquista la tierra de otra géntamente. Si otra querer conquista mi tierra, mi morir por ella. Mi dar por defienda mochas vidas que mi tovierá. Tú ser como mí. Mi también amar la Patrie.

DANILO.—(Abrazando al Comandante). ¡Oh, noble soldado! ¡Eres digno descendiente de Jorge Washington!

COMANDANTE.—(Descubriéndose). ¡Jorge Washington! Mi padre. El padre de mi Patrie. Dónde ser tu case mochache? Mi llevarte.

DANILO.—Oh, generoso Comandante, gracias, mil gracias; yo puedo irme solo (Con desesperación) ¡Aun no ha concluido todo aquí . . . . .! ¡Aun tengo fuerzas para llegar hasta los brazos de mi madre, y besarla ¡quizás! por la última vez!

COMANDANTE.—No irte solo. Poder encuentra mi géntamente y matarte. Darme el brazo. Venir con migo. (El Comandante toma del brazo a Danilo y salen juntos).

### ESCENA VIII

Doña Dionisia.—Don Onofre.

(Entra primero don Onofre y casi detrás doña Dionisia).

DOÑA DIONISIA.—(Acercándosele con los puños en alto). Pero qué andas haciendo aquí? ¡Onofre, por Dios! No ves los inmensos peligros a que te expones? Qué sería de mí, si te viera en manos de esos descamisados? ¡¡Onofre!! ¡¡Onofre!! ¡¡Cómo te descompones!!

DON ONOFRE.— ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Si ya todo pasó! ¡Ahora hay que buscar la luz que alumbra, tontita mía. . . . .! (Se oyen pasos) ¡¡Jesús!! (Entra el Comandante). ¡¡Jesús nos ayude!!

ESCENA IX

Los mismos.—El Comandante.

COMANDANTE.—(Con aspereza). Quién sér ostedes? Por qué no estar recogimienta?

DON ONOFRE.—(Temblando de miedo e inclinándose hasta el suelo) ¡Señor Gobernador!

DOÑA DIONISIA.—¡Salvador de este desgraciado pueblo! (Arrodillándose). ¡Ve aquí tus vasallos!! ¡Bendito Dios que te ha mandado!!

COMANDANTE.—(Indignado). ¡Levantarse!! Mi no ser Obispa.

DOÑA DIONISIA.—(Camblando de tono y melosamente). ¡Qué gracioso!! ¡Qué guapo y qué simpático!! (Levantándose). Será casado el señor Gobernador? ¡Qué feliz, qué dichosa debe ser el ángel de su esposa!

COMANDANTE.—(Frfamente). Mi no estar casamienta. Mi ser solo, solo.

DOÑA DIONISIA.—Pero has visto, Onofre? ¡Que es soltero! ¡Soltero! ¡Cómo se irán a poner las chicas de aquí, cuando sepan que el señor Gobernador es soltero! (Aproximándose al Comandante). Pero por qué no se casa, Excelencia? Por qué no sacrifica su preciosa vida en aras del hogar? Aquí hay verdaderas sílfides, señor. Hay como Ud. las qulera, para todos los gustos. Y si su Merced lo permite, me tomaré la libertad de recomendarle a UNA. Una, sobre todas, que yo se la garantizo, verdad Onofre?

DON ONOFRE.—Sí, Excelentísimo señor Gobernador, nosotros se la garantizamos.

COMANDANTE.—Ostedes? Pero quién ser Ostedes?

DOÑA DIONISIA.—Augusto señor Gobernador, nosotros, nosotros aquí donde nos ve, somos todo, todo en la ciudad. ¡Y si Ud. la viera!! ¡Qué cándida! ¡Qué modesta! ¡Qué sumisa! ¡Si es la perla de San Pedro, magnánimo señor!

DON ONOFRE.—¡La perla de Honduras, Reverendísimo señor Gobernador!! ¡Tiene unos ojos..... y una boca..... y un corazón..... y un aire..... y un su modito de andar..... que sólo Dios sabe!!

COMANDANTE.—(Aparte). Este negrito no estar muy buena géutamente. Dirigiéndose a los dos). Y si ella no querer a mí?

DOÑA DIONISIA.—¡Oh, ya! ¡Ya! ¡En este momento Excelencia! Si es la bondad en persona. Con tal de que qulera su padre, asunto arreglado Yo se lo garantizo, señor. Nosotros se lo garantizamos.

DON ONOFRE.—(Interrumpiéndola). Nosotros se lo garantizamos, Sapiéntísimo señor Gobernador. Y si Ud. se digna escuchar la voz de estos súbditos humildísimos, hoy mismo le arreglaremos eso con el padre de la tórtola.

COMANDANTE.—(Asombrado). ¡Tórtola!! ¡Mi no casarse con pájaras!!

DOÑA DIONISIA.—(Sonriéndose maliciosamente) ¡No, Ilustrísimo señor, si e un decir.....! Es una broma. Como ella es tan buena... .. Es una torlita. Es un primor, pues.

COMANDANTE.—Boeno. Mi querer conocerla. Mí pensarlo. Ahora ir al campamento. Mí vuelva. (Saliendo).

DOÑA DIONISIA.—¡Vuelva Ud. pronto! ¡Vuelva Ud., Salvador de Gertrudis!

DON ONOFRE.—¡No vacle! ¡No piense mucho, Sabio de la Grecia! ¡Vuelva pronto! ¡Pronto!

ESCENA X

Doña Dionisia.—Don Onofre.

DON ONOFRE.—(Saltando de gozo). ¡Qué conquista!! ¡Qué conquista, Dionisia de mi vida!!

DOÑA DIONISIA.—(Arrojándose en brazos de su esposo). ¡Qué bello porvenir se presenta para nosotros, adorado esposo mío!!

DON ONOFRE.—(Medio estrangulado por los brazos de doña Dionisia). ¡Nada menos que, *Los Consejeros del Señor Gobernador*, vieja cachorrita mía!!

DOÑA DIONISIA.—¡Ay, Onofre, por Dios!! ¡Yo me muero!!

ESCENA XI

Los mismos.—Don Leonidas.

(Don Leonidas llega por una de las calles laterales. Al ver a los dos esposos en aquella actitud, se detiene estupefacto. Y después de contemplar un momento aquel idillo senil, avanza lentamente hacia donde están ellos).

DON LEONIDAS.—Pero están Uds. frescos? ¡Trayendo a la memoria las caricias de hace 50 años, en este día, en estas circunstancias y en este lugar.....! ¡Qué es esto! ¡Estaré soñando, Dios mío!

DOÑA DIONISIA.—(Separándose de los brazos de don Onofre con el rubor de una doncella de 15 años, sorprendida infraganti). ¡Don Leonidas!

DON ONOFRE.—(Sin turbarse) ¡Padre felicísimo! ¡Padre dichoso! ¡Padre!.....

DOÑA DIONISIA.—(Arrojándose al cuello de don Leonidas) ¡Padre simbólico! ¡Padre impregnado de dicha! ¡Ven, Onofre, ven. Abrazale! ¡Abrazale! (Don Onofre se arroja también al cuello de don Leonidas).

DON LEONIDAS.—Pero que es esto? ¡Hablen Uds.! ¡Explíquense, por las once mil vírgenes!

DOÑA DIONISIA.—¡Padre dichoso! ¡Padre envidiable! ¡Padre.....!!

DON LEONIDAS.—En fin, qué es esto? Es un manicomio? Es un infierno, que es, por Satanás!

DON ONOFRE.—¡Abrcénos Ud.! ¡Bésenos Ud.! ¡Bendíganos Ud.! ¡Somos los íntimos del Gobernador! ¡Los *Consejeros* del Gobernador! ¡Los portadores de la Buena Nueva! ¡Los comisionados, los comisionados, oye Ud.? Los comisionados por ese gran señor, para pedirnos la mano de su hija, la mano de Julieta!

DON LEONIDAS.—(Estupefacto) ¡¡La mano de mi hija!! ¡¡La mano de Julieta!!

DOÑA DIONISIA.—Sí, hombre. ¡Sí! ¡Sí! ¡La mano de Julieta! ¡Qué felicidad! ¡Qué dicha! ¡Qué gloria! ¡Abrcénos Ud.! ¡Bésenos Ud.! ¡Admire nuestra obra, nuestra gran obra, don Leonidas!

DON LEONIDAS.—Pero hay que entrar en arreglos, en detalles. Hay que ver las condiciones de esa boda. Uds. comprenden, que es mi hija, y que no puedo, ni debo sacrificarla de primas a primeras con cualquiera que se presente. Ella es para mí lo más grande que hay en el mundo, lo que más quiero. Su porvenir me interesa tanto más cuanto que, desde la muerte de su madre, yo soy todo para ella. Yo no tengo más aspiraciones que verla siempre dichosa y contenta. Y si ella quiere tomar estado, mis deberes de padre, solícito y cuidadoso, me obligan a no tomar las cosas tan a la carrera. Necesito, pues, reflexionarlo, pensarlo, meditarlo, en fin.....

DOÑA DIONISIA.—¡Qué reflexiones, ni qué ocho cuartos, hombre!! A ojos cerrados, a ojos cerrados, oye? daría yo mi hija si estuviera viva, a un extranjero tan gallardo, tan simpático, tan fino, tan rico, como el señor Gobernador. ¡Ah, don Leonidas! ¡Don Leonidas! ¡Cómo se conoce que Ud. no es hombre de grandes empresas, de grandes sacudidas! ¡Atenido a su fortuna, se imagina cándidamente que eso será eterno, cuando una sola orden del Excelentísimo señor Gobernador (haciendo una profunda reverencia) echaría abajo todo, todo, don Leonidas. ¡Y quedaría Ud. y su *encanto* en la calle! ¿Me entiende Ud.?

DON LEONIDAS.—(Algo contrariado y como reflexivo). Tengo la seguridad, doña Dionisia, de que el Comandante es un hombre honrado, pues de otro modo, no creo que su Gobierno le hubiera confiado una misión tan delicada y tan seria.

DOÑA DIONISIA.—¡Cabalmente! Por lo mismo que es un hombre tan digno y pundonoroso, jamás toleraría una burla, un desprecio, de gente que él ha conquistado con su gloriosa espada.

DON LEONIDAS.—(Asombrado de tan pérdida manifestación). ¡¡Una burla!! ¡¡Un desprecio!! ¡Cómo! ¡De qué manera! ¡Yo no he tomado cartas en este asunto! ¡Ni siquiera conozco a ese caballero!

DOÑA DIONISIA.—Qué no lo conoce Ud.? ¡¡Qué importa!! Lo conoce Onofre, lo conozco yo, lo conocemos nosotros, y eso basta y sobra. (Encarándose con don Leonidas). Pero vamos, don Leonidas, el tiempo avanza, y puede llegar de un momento a otro el señor Gobernador. Al enterarse de su duda, de su vacilación,

de su meticulosidad, ¡¡Quién sabe, don Leonidas!! ¡Quién sabe lo que podrá suceder!

DON LEONIDAS.—No crea Ud., doña Dionisia. Por qué nos puede suceder algo? No hacemos nada ofensivo, nada incorrecto.

DOÑA DIONISIA.—¡Don Leonidas! ¡Don Leonidas! ¡Fíjese! ¡Fíjese mucho!.... ¡La cárcel! ¡Las confiscaciones! ¡La horca! ¡La hoguera! ¡La muerte, la muerte misma, don Leonidas! ¡Don Leonidas. . . . .!!

DON LEONIDAS.—(Meditabundo y temeroso) Sí. Yo comprendo lo ascabroso, lo terrible del caso. Si el Comandante tomara esto por el lado que Uds. piensan, quién sabe si nos pudiera sobrevenir alguna desgracia!! Pero es tan duro, tan amargo el lance en que Uds. nos han colocado, que no se qué preferir mejor....!! (Pausa).

DON ONOFRE.—¡¡Pues, amigo, lo mejor es, vea!! (Hace con las manos ademán de hacerse un nudo en el cuello),

DON LEONIDAS.—¡Oh! ¡Déjeme Uds. que medite, que piense, que siquiera tome el parecer de ella!

DON ONOFRE.—¡Ah! Bueno. Este es otro cantar. Hable Ud. con ella. Con vénzala. Hágala sentir su influencia de padre, de padre inflexible, y todo marchará a las mil maravillas. . . . . En cuanto a nosotros, como Pilatos, nos lavamos las manos (hace ademán de tomar del brazo a doña Dionisia). Y nos retiramos, don Leonidas. (Con pretenciosa entonación). ¡¡Tenemos muy importantes asuntos de Estado que resolver!!

DOÑA DIONISIA.—(Dando el brazo a don Onofre). Realmente, don Leonidas, Ya Ud. lo ve. ¡Nuestro elevado carácter de *Consejeros del Señor Gobernador*, ¡Con que. . . . .! Luego volvemos, eh? Ya habrá demostrado Ud. que es un hombre. ¡Todo un hombre!

DON ONOFRE.—Pues. . . . .protegido nuestro, hasta la vista. (Sallendo).

## ESCENA XII

Don Leonidas.

DON LEONIDAS.—(Desesperado). ¡Dios mío! ¡Qué cruel suplicio el que me habéis impuesto! ¡Qué pavorosa tempestad la que se desata dentro de mi alma! ¡Casar mi hija! ¡Casarla con un desconocido, con un hombre que no sé de dónde viene, ni para dónde va. . . . .! (Pausa).

¡De otra raza, de otra religión, de otras costumbres. . . . . Oh! . . . . . Sin embargo, si esa es tu voluntad, si esos son tus deseos, Señor, que se cumplan. Que se cumplan. ¡Jamás podré oponerme a tus sagrados designios! ¡Estoy dispuesto a obedeceros! (Pausa).

Por otra parte, mi vida, mis intereses, mis comodidades, peligrarían, si llego a provocar la ira y el odio de ese hombre. El es dueño y señor de vidas y haciendas. El tiene en sus manos nuestra felicidad o nuestra desgracia. Y si se le antoja, nada difícil le sería, hacer una barbaridad, hundiéndonos para siempre en el fango y la deshonor. . . . . Mientras que, casándose con Julieta. . . . . ¡Oh, qué destino! ¡Qué alta posición! ¡Qué influencia tan superlativa, en lo político, en lo económico, en todo lo que se refiere a la Administración Pública! En fin, yo, un gran señor. . . . . ¡Yo, árbitro absoluto de este país! ¡Yo, suegro del señor Gobernador! (Entra Julieta de puntillas, don Leonidas en sus locas lucubraciones no se apercibe de su llegada). ¡Yo. . . . .

## ESCENA XIII

El mismo.—Julieta.

JULIETA.—(Aproximándose a don Leonidas por la espalda. Con entonación varonil). ¡Yo, suegro del señor Gobernador!!

DON LEONIDAS.—(Volviéndose rápidamente lleno de sorpresa). Tú aquí?

JULIETA.—Sí, papaito. Me fastidió el Crochet y quise venir a buscarte, ¡Tu



ve miedo! ¡Mucho miedo! ¡Vieras, papaíto mío, que me siento de un modo....! No se cómo explicarte. Todo me asusta. Todo me aflige. Me parece que alguien me sigue. Que alguien me acecha. ¡Yo no sé . . . . no sé lo que siento, papaíto! (Estrechándolo en sus brazos).

DON LEONIDAS.—¡No seas tontilla! ¡Por qué te afliges! ¡Ya todo ha concluido, todo ha pasado! La nueva dominación todo lo garantiza, todo lo respeta. Así es, hija mía, que no hay motivo para que te asustes; y esas ideas de terror y espanto debes desvanecerlas; no hay razón para sumergirse en un pánico ficticio. Quizás sean los nervios. Se exaltaron demasiado con la catástrofe que se nos vino encima, y eso es todo. ¡Nervios! ¡Nervios, hijita!

JULIETA.—¡No, papaíto! Si esto es muy extraño. Muy raro. ¡No sé qué de fatal me augura el corazón! ¡Es como un presentimiento, algo así . . . . .!

DON LEONIDAS.—¡Calla! ¡Calla, hija mía! ¡Déjate de eso! ¡Ni sabes la buena nueva que voy a darte!

JULIETA.—(Interrumpiéndole). De qué, papaíto? ¡Tal vez será de . . . . . algo grato, algo muy bueno para mí!

DON LEONIDAS.—¡Seguro, hijita! Se trata de tu felicidad, de tu porvenir.

JULIETA.—(Llena de grata sorpresa). De veras, papaíto mío?

DON LEONIDAS.—Sí, mi alma. Hoy han solicitado tu mano, y estoy dispuesto a concederla, si es de tu agrado.

JULIETA.—¡Oh, qué dicha! ¡¡Qué felicidad!! ¡Al fin, se ablandó este corazóncito (golpeando suavemente el pecho de su padre). ¡Si eres muy bueno, papaíto lindo! ¡Muy santo! Y Danilo, qué te dijo? ¡Cuéntamelo todo! ¡Todo, todo papaíto! ¡¡Qué feliz soy!!

DON LEONIDAS.—(Secamente). No se trata de Danilo. Se trata de otro.

JULIETA.—(Extrañada) ¡¡De otro!! (Pausa). ¡¡Si en el mundo no hay para mí más hombre que él!! ¡¡Si es el único amor de mi vida!! (Se lleva con desesperación las manos a los ojos). Yo de otro? ¡¡Que horror!!

DON LEONIDAS.—Creí, que esas niferías habían concluido ya, Julieta. Eso es tan despreciable y tan bajo, como el mismo cieno. Me da tristeza el oírte hacer referencias a personas que nada valen, que nada significan. Del que yo quiero hablarte, es algo más serio, más digno, más elevado. Algo que llena las aspiraciones de un padre amante y cuidadoso.

JULIETA.—¡¡No!! ¡¡No, por Dios!! ¡No me hables de nadie, que no sea Danilo! ¡Le amo con todas las fuerzas de mi alma! ¡Le he jurado ser suya! ¡Y antes prefiero la muerte que unir mi destino a otro hombre!

DON LEONIDAS.—Pero estás en tu juicio, hija mía? ¡Dices unas cosas . . . . que se podría creer que has perdido la razón! Yo anhelo para tí, tu dicha, nada más que tu dicha. Quiero que te cases con un hombre que sepa llenar el sendero de tu vida de rosas y perfumes. Que sepa darte la elevada y digna posición, a que eres acreedora, por tus prendas personales, por tu abolengo, por tus virtudes, por todo, en fin . . . . Mi felicidad es tu felicidad, Julieta. Y cómo podría yo iniciarte en una vida, sino comprendiera, que habría de ser para tí la más hermosa, la más risueña de las ilusiones acariciadas por mi corazón de padre, desde que contemplé—por vez primera—tus ojos inocentes y llenos de infantil pureza? Acaso tu criterio, tu buen raciocino, no te ponen francamente a cubierto de la menor duda que pudieras tener, con respecto a mis intenciones, estando cómo estás absolutamente segura del santo amor que te profeso? Mis cuidados tan asiduos, mi perseverancia. Mi continua zozobra cuando he visto tu espíritu juvenil, arrojando la inclemencia de una pasión inaceptable, no te hablan muy alto de esa lucha continua y perseverante, sólo por verte algún día dichosa y feliz, al lado de un hombre que le merezcas y te merezca?

JULIETA.—¡Padre mío! ¡Danilo es para mí lo que el aire para la vida! (De desesperada). ¡La dulce embriaguez que me produce su cariño, es el único aliciente que me hace vivir! Todo lo demás, todo lo que envuelve esa recóndita visión del alma, que se llama amor, en otro hombre, es para mí, opaco, lúgubre, insubstancial. . . . . Sin saberlo, ni pensarlo, por una de esas leyes del destino, su alma y la mía, sintieron a la vez el mismo calofrío de amor. Y desde entonces hemos seguido—unidos nuestros corazones por la más firme de las cadenas celes

tales—los valvenes de la vida. El, lejos de mí, porque tú lo has querido. Pero entre más lejos estaba, más cerca lo sentía. Por seguir tus consejos, por obedecer tus mandatos, procuré—mil veces—arrancar de aquí dentro, ese amor que me enloquece. Desgraciada o felizmente, cuánto mayor era la lucha, cuánto mayor el esfuerzo por destruirlo o desterrarlo, más profunda y más inmensa era la raíz que hincaba dentro del alma . . . . .

DON LEONIDAS.—¡Cuán lejos estaba de ver burladas mis canas por la hija que tanto adoro! Desde que murió tu madre han sido mis caricias múltiples y asiduas. He duplicado la carga que traía sobre mis hombros, murmurando en silencio la oración del deber, para tener la dicha de estar siempre a tu lado y que jamás te faltara el calor paternal. He procurado constantemente fijar en tí, la idea del amor filial para que nunca recibieras de lejos el vaho engañoso de las falsas amistades. Y hoy, que la edad y el trabajo me debieran ofrecer el descanso y la apasible tranquilidad que merezco, se abre ante mis ojos una dura y hosca pesadumbre . . . . . Hoy, que necesito conservar lo poco que tengo, para no pedir un pan, para no implorar la caridad pública en los últimos días de mi vida, el más precioso dón que Dios me ha concedido, quiere hundirme en la miseria, quiere arrojarme ¡implacable! a una profunda desesperación . . . . .

JULIETA.—(Interrumpiéndole llena de inmenso pesar). ¡Padre mío!

DON LEONIDAS.—(Continuando). Porque debes comprender, Julieta, que el negar tu mano a ese caballero sería mi ruina. Me confiscaría mis bienes. ¡Me arrojaría en obscuro calabozo! ¡Y lejos de ver, al lado de mi lecho de anciano y enfermo, la dulce sonrisa de mi hija adorada, tal vez sea, la repulsiva y mugrienta mano del verdugo la que cierre para siempre mis ojos a la vida. . . . . !!

JULIETA.—(Con frenesi) ¡Oh, padre mío! ¡No tortures más el sangrante corazón de tu desgraciada hija! ¡Tú lo quieres! ¡Tú lo mandas y así será! Has hecho valer tus cuidados, tus caricias y tus mimos. Has llevado el escalpelo de tus palabras, hasta el fondo de lo que llamas, mis deberes filiales. ¡Pues, que sea! ¡Consumad cuando queráis la obra que persigues! ¡Dios sabe lo que hará de mí! Estoy pronta a hacer lo que mandéis. . . . . (Solloza amargamente).

DON LEONIDAS.—(Despejando el ceño de su rostro) Es cierto lo que escucho? Ha podido, al fin, convencerte la lógica y el buen sentido? Ha llegado hasta el opaco miraje de tu mente núbil y enfermiza, la esplendorosa luz de la razón! ¡Bien, hija mía! ¡Muy bien! Dios ha querido que mis anhelos de padre amante y cariñoso penetraran en los arcanos de tu debilidad femenina. Has cumplido con tu deber. Has oído la voz de tu conciencia, para labrar tu propia dicha. Y no está lejano el día, en que bendigas los consejos y sabias reflexiones de tu padre. (Pausa). Y para cuándo podemos señalar la boda?

JULIETA.—(Estrujando amargamente su pobre corazón). Hoy mismo. En este instante . . . . . !

DON LEONIDAS.—Pero no es fuerza que sea tan pronto, hija mía. Y ya que estás dispuesta, nada vale arreglar las cosas del mejor modo posible. Tratándose de un gran personaje, la fiesta debe revestir la fastuosidad y el boato que Uds. merecen.

JULIETA.—(Haciendo ademán de salir, y sin darse cuenta de las palabras de don Leonidas). ¡Madre mía, qué desgraciada soy!!

#### ESCENA XIV

Los mismos.—Doña Dionisia.—Don Onofre.—Comandante.

(Cuando Julieta va a salir, oye voces y pasos, lo que la obliga a detenerse. Entran doña Dionisia, don Onofre y el Comandante. Al verlos Julieta, les lanza una mirada llena del más profundo desprecio).

DON ONOFRE.—Señalando a Julieta) ¡¡He allí, la Perla de Honduras!! ¡¡La canción más hermosa que natura ha entonado, desde el Cabo de Hornos hasta el Estrecho de Behring!! Ya ve Ud., pues, Excelencia (dirigiéndose al Comandante), que no son exagerados los datos que de ella le hemos dado. Y allí tiene a su futuro suegro, (señalando a don Leonidas) al más feliz, al más honrado de los sue

gros. (Adelantándose). Mi querido don Leonidas, voy a tener la inmensa satisfacción, a la par que la honra inmerecida, de presentar a Ud. *La Gran Espada*, que dentro de poco, será en su casa más resplandeciente que el mismo sol; que dentro de poco será el báculo omnipotente en que Ud. podrá descansar—mientras viva—su claudicante organismo. El Gran Hombre, para quien Dionisia y yo, hemos tenido la gloria inmortal de pedir a Ud. la mano de Julieta.

DON LEONIDAS.—(Tendiendo la mano al Comandante, con manifiesta timidez). Señor Comandante.

COMANDANTE.—Don... Le... o... ni... das Mi tener mocho gusto de conoce a Ud. Mi querer casamienta con so hi .. ja Mi pedirla fuermalmente a osté. Osté dárme la?

DON LEONIDAS.—Si ella desea... Por mi parte, no tengo objeción que hacer  
JULIETA.—(Volviéndose hacia el Comandante, con el rostro encendido en cólera y manifestando francamente toda su repugnancia) ¡Sí! ¡Yo accedo! Podemos casarnos hoy mismo. Sin dilación alguna.

COMANDANTE.—(Intentando aproximarse a Julieta) ¡Oh! ¡Mocho resuelta, menta! Mi gustar esa cosa Así, estar pronta marido y mujer. Mochas gracias-Mochas gracias.

DOÑA DIONISIA.—(Se dirige resueltamente a donde Julieta en ademán de abrazarla). ¡Cándida y casta paloma! ¡Ven a mis brazos! ¡Ven! ¡Desde el cielo tu santa madre te estará bendiciendo, y yo quiero estrecharte, como ella lo haría en esta solemne ocasión.....!

JULIETA.—(Apartándola indignada) ¡Retírese Ud.! ¡No se acerque! ¡No me toque.....! ¡Su contacto ensombrece y desgarrar mis nobles sentimientos! ¡Fulgores de mentís oprimen toda su falsa e hipócrita zalamería! ¡Una lisonja de Ud para aquella santa mujer que está en el cielo, es más que una burla, una blasfemia! ¡Su conciencia negra y pervertida es aún muy estrecha para contener la opulencia de su maldad! ¡Que caiga sobre Ud., todo el cúmulo de mi desgracia... ..!

DOÑA DIONISIA.—(Sin inmutarse). ¡Pero hija! ¡Esos modos para conmigo! Cuando por tu felicidad y por tu dicha, he preparado esta magnífica boda? ¡Por el inmenso cariño que siempre les he tenido! Una boda como ésta, quién, sino yo, la desearía con toda el alma para mi propia hija? Y sin embargo, tú, lejos de agrada decérmelo, me llenas de improperios, con frases que, a Dios gracias, ni siquiera comprendo. ¡Y por una boda insigne! ¡Una gran boda! Uoa boda fabulosa, que la envidiarán las hondureñas, por todos los siglos de los siglos.....

JULIETA.—(Interrumpiéndola bruscamente) ¡¡Amén, Señora!! ¡¡Amén!! (Dirigiéndose a los hombres). ¡Vamos! ¡Vamos! Qué esperan Uds? Qué aguardan? Ya han oído mi resolución. Hay todavía otra cosa que arreglar? Tienen algún otro asunto que definir?

COMANDANTE.—(Pensativo). Ella estar disgusta. Ella no estar contenta-mienta. Mí no estar simpático para ella. Mi pensarlo más mejor.

JULIETA.—(Indignada). Pero si les he dicho que estoy resuelta a todo, para qué retardarse más?

DON ONOFRE.—(Hipócritamente) Si tu te empeñas, Julieta, no debemos perder tiempo. Excelentísimo señor Gobernador, no quiere dar un paso, si contraría tu voluntad. Verdad, señor?

COMANDANTE.—Cierta.

JULIETA.—La única voluntad que aquí se contraría es ésta (Señalándose su propio corazón). De modo que... ..cuando Uds gusten. (Hace ademán de salir).

DON LEONIDAS.—(Con la cabeza gacha). Vamos, pues.

DOÑA DIONISIA.—¡¡Ya ve, Excelentísimo Señor Gobernador!! Ella, está más resuelta y más satisfecha que nunca,

JULIETA.—(Dirige una mirada a doña Dionisia, que encierra el más profundo de los desprecios). ¡¡Señora! (Sale).

DON ONOFRE.—(Tendiéndole el brazo al Comandante) ¡Vamos Excelencia! ¡Vamos! ¡La dicha y la felicidad nos aguardan, y no hay que hacerlas esperar entre bastidores!

COMANDANTE.—(Siempre pensativo). Va mos. (Salen).

DOÑA DIONISIA — (Cerrando el convoy). ¡¡Gracias a Dios!! ¡¡Gracias a nuestro Señor!! ¡¡Y todavía habrá quién dude, que soy el Ángel tutular de las doncellas de aquí? Vamos, pues. Vamos. (Sale).

ESCENA XV

Danilo.

(Entra Danilo, en un estado de terrible excitación, casi rayano en el delirio. Lleva los cabellos dispersos y sin sombrero. Las huellas de sangre se notan en su rostro y en sus vestidos. Los jirones del Pabellón Nacional, ensangrentados, y con las quemaduras producidas por las balas y por el fuego del combate, aun lo envuelven. Aparece cautelosamente, como si hubiera estado en un lugar próximo).

DANILO.— ¡¡Oh!! ¡¡Todo lo sé!! ¡¡Lo he oído todo!! ¡¡Y apenas comprendo, cómo he tenido fuerzas suficientes, para apurar hasta las heces este cáliz tan amargo.....!!

(Señalando el grupo que en este momento atraviesa la plaza). ¡¡Ja!! ¡¡Ja!! ¡¡Ja!!..... Se van. Se alejan. Quieren consumir el crimen, el negro crimen, sin que yo los vea..... ¡¡Ja!! ¡¡Ja!! ¡¡Ja!!.....

¡¡Monstruos!! ¡Creéis acaso que este corazón que está sangrando, que con insólita barbarie habéis desgarrado fibra a fibra, durante tantos años, no siente ya, apagó su luz, extinguió su fuego sagrado? Creéis acaso que se desprendió de mi mente febricitante, el dédalo terrible de mis horas tormentosas? ¡Osais arrebatarme el único tesoro, el único amor que hay para mí sobre la tierra.....!

¡¡Ja!! ¡¡Ja!! ¡¡Ja!! ¡¡Ja!!.....  
¡¡En brazos de otro!!..... ¡¡Si es mía!! ¡¡Si es algo que llevo aquí; puesto por Dios!! ¡¡Si la siento en la luz que impresiona mis pupilas, en el aire que respiro, en el latido de mis venas, en el murmullo del viento.....! ¡Oh! si forma parte de mí sér..... Si es mi propia vida! (Hay una ligera calma, y parece que medita)..... Pero, no. Si ella no es como las demás. ¡Si me lo ha jurado, ante Dios..... ante el mar! ¡No! ¡No puede ser! ¡Si aún recuerdo aquella promesa que llenó mi espíritu de plena luz! ¡Si aún siento el hálito de su pecho anhelante! ¡Si aún veo sus ojos arrasados en lágrimas, del más puro y tierno amor!..... ¡Si ella es testigo de las muchas torturas que hay en mi alma, y del mucho acibar que hay en mi corazón! ¡Si conoce el clamor de mi queja dolorida, honda, terrible...! ¡Si sabe que por ella he seguido constantemente la ruta escabrosa de espinas y abrojos, que me ha ofrecido el mundo de los hombres...! ¡Si es imposible que consienta...! «Tuya hasta la muerte,» me dijo una vez. Y no me engañará! ¡¡No, mil veces no!! (Pausa). Pero a qué buscar la vana imagen de calma fermentada, si a cada instante mi pena se acrecienta, y parece que el dolor dilata su horizonte..... ¡Si este vacío inmenso, atrozmente se ahonda, y horriblemente se agiganta.....! ¡Si siento frío en toda el alma.....! ¡Si siento el tedio de la Vida, y el dulce goce de la Muerte...! (Pausa).

¡Vivir.....!

¡Vivir con la ingratitud, la falacia, y la maldad, saturando el aire, la luz, y los hombres..... No es vivir.....!

Para qué ser honrado? Para qué custodiar en el ara santa la dignidad y el decoro, si son harapos en la conciencia de los demás, si son peldaños para escalar el Tabor?

Forjarse en la mente la idea del Bien. Seguir paso a paso la estela de la honradez. Ser abanderado de la caballerosidad y la decencia. ¿No son mengua en la vida que hoy se vive?

Llegad al templo, y de hinojos, roza apenas—con infinita reverencia—el níveo manto de una virgen, y se os echa a latigazos, como leprosos mercaderes judíos.

Tended la mano síucera, franca y leal, y se os clava por la espalda un puñal envenenado.

Pero saltad los muros. Penetra cauteloso como ladrón por la ventana, y deja en media calle la honra de una mujer sin mácula, y el mundo dice: ¡¡Bravo!! Os aplaude y os aclama.....

¡Oh, ignominiosa presión de injustos designios torturantes! ¡¡Lejos!! ¡¡Inmensamente lejos de este mundo de miserias.....!! ¡¡Pero con ella!! ¡¡Siii, con ella.....!! ¡Salvemos la distancia de este fango cenagoso, juntos.... los dos.... ! ¡Unidos para siempre.....! (Pausa).

¡¡Día fatal!!

¡¡Heriste en la mitad del pecho, y aún siento que vivo, pero vivo para recordarte..... y tu recuerdo es fecundo en desolación y tristeza.....!!

¡Apaga tu luz mortecina y no vaciles.....!!

¡¡Hiere!! ¡¡Hiere!! ¡¡Pero muy hondo.....!!

¡Aquí! ¡En la noble entraña! ¡Donde llevo mi pena! ¡Donde oculto mi dolor! ¡Donde guardo su recuerdo.....!

¡¡Sí, hiere..... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡¡Hiere.....!!

¡Qué dulce! ¡Qué hermoso es morir así.....! (Cae en mutismo. La campana de la Iglesia toca alegres repiques. Al oír las campanas, se despierta como de improviso).

¡¡Callad!! ¡¡Callad, bronces inhumanos!! ¡¡No asistáis a mi agonía con vuestra música de fiestas!! ¡¡Entonad el himno lúgubre!! ¡¡El toque de difuntos!! ¡¡Y que tu último tañido se apague con mi vida.....!! (Aparece el cortejo nupcial por el fondo, al sentir pasos, se vuelve precipitadamente hacia ellos).

¡¡Ab!! ¡¡Ya venís!! ¡¡Ya venís!!..... ¡¡Ja!! ¡¡Ja!! ¡¡Ja!! ¡¡Ja!!..... (Señalándoles. Julieta, al ver a Danilo, sufre una profunda conmoción, poniéndose intensamente pálida y haciendo esfuerzos por soltarse del brazo del Comandante. Este la sujeta, y le da a entender que no tema a Danilo, porque es su amigo. Julieta nada puede contestar, y desfallecida, con la cabeza baja, camina pesadamente, casi arrastrada por el Comandante).

¡¡Julieta!! ¡¡Julieta mía!! ¡¡Qué hermosa!! ¡¡Qué divina vienes, con tu velo de Virgen, con tu corona de Virgen, con tus .. (En el cortejo hay sobresalto y espanto. Parece que dudan de seguir adelante. Sin embargo, continúan la marcha muy lentamente. Se oyen de en medio del cortejo, voces confusas, exclamaciones de terror, de miedo)..... Azahares, que son míos!!..... ¡¡Míos.... o de la tumba!! ¡¡Siii, de la tumba!! ¡¡¡Gran Dios!!! (Se abalanza sobre ella y le dispara un tiro, que la hace rodar instantáneamente. Luego dirige la pistola sobre sus sienes, y dispara, cayendo cerca de ella. Ayes, gritos, imprecaciones. La comitiva se dispersa horrorizada. Algunos se dirigen hacia Julieta y otros a Danilo. En el grupo que rodea a Julieta está don Leonidas, que toma el cuerpo de la moribunda en sus brazos).

#### ESCENA XVI

El mismo.—Don Leonidas.—Luis.—Comandante.—Doña Dionisia.—Damas.—Caballeros.

DON LEONIDAS.—(Loco, desesperado). ¡¡Hija mía!! ¡¡Hija de mi alma!! (Julieta hace un movimiento final..... y expira).

(Varias voces a la vez). ¡¡¡Muerta!!!

COMANDANTE.—¡¡Oh, mí también ser culpable de esta triste muerte!!

DOÑA DIONISIA.—(Interrumpiéndole.—¡¡Eso nunca, Excelencia!! ¡Ud. es inocente, como la luz del día! ¡Si él es un loco! ¡Un loco terrible!

COMANDANTE —(Indignado).—¡¡Silencio!! ¡¡Respetar si-quiera la solemne



ma- jesta de la muerte!! (Se arrodilla y toma la mano de la muerta, que lleva a sus labios para besarla con profundo respeto. En el grupo que rodea a Danilo, está Luis, que lo tiene en sus brazos, hincada una rodilla en tierra).

LUIS.—¡¡Danilo!! ¡¡Amigo del alma!! ¡¡Qué has hecho!!

DANILO.—(Haciendo un supremo y último esfuerzo en medio de los estertores de la agonía). Es. ....ta.....es..... la .....bo.....da... ..que... .. me..... de.....pa.....ró ...el....des....ti....no.... (Hace un movimiento final, y expira).

LUIS.—¡¡¡Muerto!!!

(Todo el mundo se arrodilla ante los dos cadáveres. El telón cae lentamente. En el órgano de la Iglesia, se oye, allá lejos, la marcha fúnebre de Chopin).....

FIN DE LA OBRA

# El Ateneo de Honduras

Presidente Honorario,  
Doctor Miguel Paz Baraona.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente,  
Samuel Laines.

Vocal primero:  
Manuel Guillermo Zúñiga.

Primer Secretario:  
Salvador Turcios R.

Tesorero:  
Basilio Gómez.

Vocal segundo:  
Julio Azpuru España.

Segundo Secretario:  
Angel Rosendo Fortín,

Director Artístico:  
Carlos Zúñiga Figueroa.

## Socios Fundadores:

Salatiel Rosales  
Alfonso Guillén Zelaya  
José Cruz Sologaltoa  
† Enrique Pinel  
† Alonso A. Brito  
Froylán Turcios  
Edmundo Lozano A.

Rafael Heliodoro Valle  
Céleo Dávila  
† Juan María Cuéllar  
† Adán Canales  
† Federico Milton  
José Jorge Callejas  
Julián López Pineda  
Samuel Laines

Rómulo E. Durón  
Luis Andrés Zúñiga  
Esteban Guardiola  
Ramón Ortega  
Joaquín Bonilla  
Manuel A. Zelaya  
† Adán Coello

## Socios de Número:

Mercedes Laines de Blanco  
Lucila Gamero de Medina  
† Bernabé Salgado  
Antonio Castillo Vega  
Martín Paz  
Ricardo Aguilar  
Manuel de Adalid y Gamero  
Vicente Mejía Colindres  
† Pedro Nuño  
Carlos Zúñiga Figueroa  
† Jerónimo J. Reina  
† Manuel Amézquita  
Tito López Pineda  
Vidal Mejía  
Antonio Ochoa Alcántara  
Antonio C. Rivera  
Ernesto Fiallos  
Augusto C. Coello  
José Inestroza Vega  
Fernando García  
† Joaquín Soto

Carlota Membreño  
Augusto Monterroso  
Héctor Valenzuela  
† Emilio Williams  
Miguel A. Navarro  
Inés Navarro  
Salvador Turcios R.  
Presentación Quesada  
Pélix Salgado  
Gonzalo S. Sequeros  
Saturnino Meda  
Ramón Alcerro Castro  
Basilio Gómez  
Eduardo Martínez López  
Adán Pineda H.  
Matías Oviedo  
Julián R. Cáceres  
Timoteo Miralza  
Octavio R. Ugarte  
Caixto Marín  
Paulino Valladares  
Ernesto Argueta

Visitación Padilla  
Luis Landa  
Marcos López Ponce  
Antonio Bermúdez M.  
Carlos Alberto Uclés  
Rafael Díaz Chávez  
Pomplilio Ortega  
J. Vicente Cáceres  
Rafael Coello Ramos  
J. Benigno Coello  
† Agustín Santiago Brizio  
J. Dolores Corpeño  
Alejandro Castro  
Guillermo Bustillo Reina  
Manuel Ramírez  
Jesús Aguilar  
José María Albir  
Jesús Bueso  
Antonio Vidal M.  
† Francisco Nolasco.  
Salomón Ibarra  
Gustavo A. Castañeda

## Socios Honorarios:

Manuel Ugarte (argentino)  
José Rodríguez Cerna  
Roberto Brenes Mesén  
J. León Suárez

José Vasconcelos  
Francisco Bertrand  
Francisco Gavidia  
Ricardo Fernández Guardia  
Euriqne Loubet

Luis H. Debavle  
Santiago Argüello  
Justo A. Facio  
Rómulo Naón.

## Socios correspondientes:

Juan de Dios Bojórquez  
Manuel Quijano Heruández  
Virgilio Rodríguez Beteta  
Francisco Contreras B.  
Rafael Arévalo Martínez  
Alberto Masferrer  
† J. Antonio López G.  
Roberto Barrios  
José Olivares  
Joaquín García Monge  
Guillermo Vargas  
Alejandro Alvarado Quiroz

José Héctor Paz  
Rafael B. Colindres  
Miguel Angel Urrutia  
Eduardo Aguirre Velásquez  
† S. Martínez Figueroa  
Rubén Rivera  
Arturo Ambrogí  
Juan Ramón Avilés  
Rodolfo Espinosa  
Ernesto Martín  
Claudio González Rucabado  
Luis Cruz Meza

César Virgilio Miranda  
Arlán Recinos  
Máximo Soto Hall  
Carlos Wyl Ospina  
Carlos H. Martínez  
† Román Mayorga Rivas  
Jorge Zepeda  
Antonio Bermúdez (Nlc.)  
Ramón Sáenz Morales  
† Carlos Garrín  
Fabio Garnier  
Rogelio Sotela

# CANJES

**E**SPERAMOS que las publicaciones, tanto del interior como del exterior, que reciban el canje de nuestra publicación, se sirvan corresponderlo en beneficio de un positivo intercambio intelectual

## Nota permanente

**L**OS autores de libros que envíen al ATENEO DE HONDURAS dos ejemplares de sus obras, tendrán derecho a un juicio crítico de las mismas de parte de la Redacción de esta Revista.